LA MARSELLESA,

ZARZUELA HISTÓRICA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

MIGUEL RAMOS CARRION,

MÚSICA DEL

MAESTRO FERNANDEZ CABALLERO.

Representada por primera vez en el Teatro de la ZARZUELA el 1.° de Febrero de 1876.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

10

PERSONAJES.	ACTORES.
FLORA	SRA. ZAMACOIS.
MAGDALENA DIETRICH	SRTA. FRANCO (D.ª M.).
LA MARQUESA	SRA. SANTAMARÍA.
ROUGET DE L'ISLE	SR. SANZ.
RENARD	SR. JIMENO.
SAN MARTIN	SR. TORMO.
EL BARON DE DIETRICH	SR. ARCOS.
EL CIUDADANO LAYARD	SR. BENAVIDES.
EL COMISARIO	SR. GONZALEZ.

Aldeanos, voluntarios, viejos, niños, tambores, cornetas, descamisados, jacobinos, gendarmes, mujeres del pueblo de París, seccionarios, guardias nacionales, carceleros, presos, furias de la guillotina, etc., etc. Coro general y banda militar.

La accion del acto primero en Strasburgo, año 1792.
La de los dos siguientes en París, 1793.

A MONSIEUR EDMOND GOMMÉS.

Escribo el nombre de V. en la primera página de esta obra, porque en ella canto la desdichada gloria de un compatriota suyo.

Vea V. en esto una prueba más del invariable afecto que le profesa su amigo

M. Ramos Carrión.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA PATRIA EN PELIGRO.

Salon bajo en la Alcaldía de Strasburgo.—Puerta al foro y otra á la izquierda (1).—Á la derecha la mesa y el sillon del Alcalde.—Á la izquierda la bandera francesa y el escudo de armas de la ciudad.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon empiezan á inundar la escena grupos de hombres y mujeres. Se oye cercano el redoble de un tambor y el toque de la campana grande de la catedral. El BARON DE DIETRICH sentado; á su izquierda el escribiente; ROUGET de pie.

MÚSICA.

CORO. Llegando va la gente

(1) Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

de toda la ciudad;
del uno al otro extremo
la alarma cunde ya.
Inquieta y agitada
está la poblacion
oyendo el incesante
redoble del tambor.
Venid! Llegad!
Tal vez peligra
la libertad!

—

OTROS. Al son de la campana,
que toca sin cesar,
de toda la campiña
la gente acude ya.
Venid! Llegad!
Tal vez peligra
la libertad!

—

BARON. Oid con atencion!
CORO. Silencio y escuchad!
Callad! Callad!

—

ROUGET. Valientes alsacianos,
la patria está en peligro.
Al arma, ciudadanos,
al arma sin tardar:
el enemigo espera
del Rhin en la otra orilla
y osado la frontera
pretende atravesar.

—

La patria en este dia
á defenderla os llama,
y en vuestras manos fía
su libertad así.
Pasemos la frontera
buscando al enemigo:
el que seguirme quiera
su nombre ponga aquí.
(Mostrando el pliego del alistamiento.)
CORO. Todos, sí, todos!

(*Se precipitan hácia la mesa unos tras otros figurando alistarse.*)

Iremos, sí!
La patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano.
Iremos, sí,
volando á la frontera
á defender
la patria y la bandera.
Ya nuestro hogar
acecha el enemigo,
no hay que dudar.
En marcha sin tardar!

ESCENA II.

DICHOS, FLORA, *que se abre paso entre el coro.*

FLORA. (*Presentándose.*)
Yo con vosotros
quiero partir!
ROUGET. (Ah, Flora!)
CORO. Viva!
FLORA. Ya estoy aquí.

—

Yo con vosotros la frontera
á la vanguardia pisaré;
yo quiero ser la cantinera,
y ánimo y fuerzas os daré.
Es el soldado más valiente
y gana brío y decision
con una copa de aguardiente,
con la ginebra ó con el ron.

—

El fruto que el viñedo
del enemigo da
en zumo trasparente
mi copa os brindará.
Y si es cuando se paga
tan apreciado el Rhin,
será mejor sin duda

cogido en el botin!
Ya en el campo de batalla
creo estar,
escuchando la metralla
retronar!
Marcha delante
mi batallon!
Hala, soldados,
truene el cañon!

—

CORO. Ejemplo con su brío
á todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial!

—

FLORA. Yo en el calor de la pelea
á vuestro lado me hallaré,
y al que sin fuerzas ya le vea
con mi bebida animaré!
Quiero gozar de vuestra suerte
y vuestra gloria contemplar,
y si una bala me da muerte...
nadie me tiene que llorar!

—

Alegre la existencia
por nuestra patria doy;
allí donde hay peligro
allí contenta estoy.
Yo soy la cantinera
que á vuestro lado irá:
aquel que á mí me siga
atrás no quedará!

—

CORO. Ejemplo con su brío
á todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial!

—

TODOS. Marchemos, sí;
la patria nunca en vano
alzó su voz

llamando al alsaciano, etc.

HABLADO.

BARON. Ciudadanos de Strasburgo,
sosten de la libertad
vais á ser en la frontera;
los alistados vendrán
ántes que se ponga el sol
dispuestos para marchar.
Ir con vosotros me impiden
los achaques de la edad,
mas quedo aquí; vuestros hijos
un padre en mí encontrarán.
ROUGET. Viva nuestro alcalde!
TODOS. Viva!
ROUGET. Vuestra marcha preparad!

MUSICA.

CORO. Iremos, sí, etc. (Váse el Coro.)

ESCENA III.

FLORA, DIETRICH, ROUGET y el ESCRIBIENTE.

HABLADO.

FLORA. (Al Escribiente.)
Flora Lisberg, escribid
mi nombre; no sé firmar.
ROUGET. (Á Flora.) Pero esto es una locura!
FLORA. Iré donde vos vayais.
Es inútil pretender
que no vaya.
ROUGET. Bien está,
(Habla aparte con Dietrich.)

FLORA. (Morir á su lado! Pude
soñar tal dicha jamás?)
BARON. Sois huérfana?
FLORA. No señor.
BARON. Pues teneis necesidad
de que vuestros padres den
su licencia...
FLORA. La darán
si es preciso, pero encuentro
necia tal formalidad:
si no me lo permitieran
me escaparía y en paz.—
Volveré con el permiso.
BARON. Id con Dios!
FLORA. Con él quedad!
(Ap. á Rouget.)
(Hasta el fin del mundo iré
si hasta el fin del mundo vais!) (Váse.)

ESCENA IV.

ROUGET y el BARON DE DIETRICH.

ROUGET. (Empeño igual!)
BARON. Brava moza!
(Viéndola marchar.)
Sin duda la conoceis?
ROUGET. Es hija de mi hostalero.
BARON. Decidida es la mujer!
ROUGET. Estais contento, señor,
de la gente?
BARON. Sí, pardiez!
ROUGET. Ya lo veis, aún queda en ella
entusiasmo, aún queda fe.
Siempre á la voz de la patria
sabe el pueblo responder.
BARON. Rouget, no me inquieta el pueblo.
ROUGET. Quién, pues, os inquieta?
BARON. Quién?
Los que le guían, los hombres
que buscan apoyo en él
para elevarse, y ya arriba

lo rechazan con el pie.
Los que tuercen sus instintos!
que siempre son hácia el bien;
los que le hacen creer cosas
que nunca debe creer.
En el club de esta ciudad
predican, ya lo sabeis,
máximas aterradoras;
y por lo que llego á ver
en las masas hallan eco
esas doctrinas, Rouget.

ROUGET. Y lo extrañais? Ah, señor!
Sólo hace tres años, tres,
que el pueblo respira libre
del tiránico poder.
¡Cuántos siglos de agonía
el despotismo por ley
sufrió callado, vertiendo
lágrimas de sangre y hiel!
La revolucion le ha dicho:
—¡Eres libre!—¿Qué ha de hacer?
Del nuevo goce disfruta,
á veces mal, (Con amargura.)
otras bien! (Con orgullo.)
Es arroyo contenido,
manso ántes, fiero despues:
rompe el dique y se desborda...
Al arroyo no culpeis;
culpad solamente al necio
que lo quiso contener.

BARON. Veo á donde el pueblo va
y empiezo á temblar por él:
le hacen soñar con quimeras
y por verdades las ve.

ROUGET. Ensueño del desgraciado
á quien sonrie una vez
la fortuna, mas despierta
y vuelve á verlo cual es.

BARON. Rouget, la patria peligra.
Todo la es contrario; ved:
Europa entera contempla
con odio al pueblo francés.

Austria y Prusia coligadas
pretenden salvar al rey
y amenazan la frontera:
germina ya en la Vendée
la guerra civil que tiene
en la nobleza un sosten;
la lucha de los partidos
más sangrienta es cada vez;
sobran ideas y faltan
hombres que vida las den;
en el ejército empieza
á cundir con rapidez
la indisciplina que mata
la fuerza de su poder,
y alentando la anarquía,
que ya amenaza cruel,
ni hay en los clubs patriotismo
ni en los gobernantes fe.

ROUGET. Hoy, señor, la Francia toda
no piensa más que en vencer
al extranjero que audaz
quiere hollarla con su pie.
Se unen todos, y los lazos
que se forman para el bien
difícilmente se rompen.

BARON. Quiéralo el cielo, Rouget.
Y decidme, habeis cumplido
vuestra promesa de ayer?

ROUGET. La del himno?

BARON. Sí.

ROUGET. Señor,
á la verdad no lo sé.
Notas y versos anoche
acudieron en tropel
á mi mente enardecida
por patriótica embriaguez.
Con fiebre los escribí,
hasta que al amanecer,
rendido por la fatiga
sobre el clave me quedé.
Despertóme la llamada
y no he mirado el papel

en que apenas concebidas
mis ideas estampé.
Si es que acaso deseais
oirlas, iré por él.

BARON. Pues cómo no? Siendo vuestras
de seguro han de valer.
Poeta y músico sois,
y en vuestros cantos se ven
siempre juntas reflejarse
la hidalguía y la altivez.
Si habeis logrado expresar
eso que sentís tan bien,
digno de su noble objeto
será el canto.

ROUGET. Lo traeré,
y vos, señor, como todas
mis obras lo juzgareis.

BARON. Hasta despues, hijo mio.

ROUGET. Ah! Cuándo serlo podré!

BARON. Si es conforme á mi deseo
muy pronto tendrá que ser.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

ROUGET solo.

Siempre la fortuna ingrata
sus favores me negó
y hoy sobre mí los desata:
á nadie la dicha mata
cuando no me muero yo!

ESCENA VI.

DICHO, MAGDALENA.

MUSICA.

MAGD. Rouget!

ROUGET. Mi bien amado!

Qué veo! Tú has llorado!
La huella de tus lágrimas
no quieras ocultar.
Qué tienes, mi tesoro?
Por qué es tu amargo lloro?
Algun temor quimérico
tal vez lo hizo brotar!

—

MAGD. Al preguntar por qué es mi llanto
cuando á alejarte vas de aquí,
es que al marchar no sufres tanto,
es que vivir podrás sin mí!
Hoy que se acerca tu partida
siento en el alma tanto mal,
que se conmueve dolorida
y suelta el llanto su raudal!

—

ROUGET. Sabiendo ya que te amo tanto,
y que es mi afan vivir por tí,
debes calmar tu acerbo llanto
hoy que á alejarme voy de aquí!
Queda, mi bien, mi amor, mi vida,
entre los muros de tu hogar;
mas el dolor de mi partida
calme la idea de tornar.

—

Lleve un recuerdo tuyo,
prenda de amor;
en prueba de tu afecto
dame esa flor!

—

MAGD. Esta sencilla flor delicada
sola en mi huerto nació ignorada;
yo entre las hojas la descubrí,
y al primer rayo de la alborada
del verde tallo por mí arrancada
fué para tí.

—

Sea esta flor
prenda de amor
y de tu pecho fiel
marchítese al calor! (Se la da.)

—

ROUGET. Para que un dia de tí apartado
este recuerdo nunca olvidado
más en la ausencia valga despues,
te pido sólo, mi bien amado,
que en su aromoso boton cerrado
un beso dés! (Magdalena besa la flor.)

—

Huya el temor,
calma tu afan,
esta sencilla flor
será mi talisman.
Ella valor
me inspirará:
la prenda de tu amor
mi pecho escudará!

—

MAGD. Ella valor
le inspirará:
la prenda de mi amor
su pecho escudará!

HABLADO.

ROUGET. Calma, pues, tus penas todas
y piensa con alegría
que pronto lucirá el dia
dichoso de nuestras bodas.
Haz como yo, que procuro
disipar alegremente
lo nublado del presente
con el brillo del futuro.
Desde que tu padre ayer
tu mano me concedió
no pienso en que marcho, no,
sino en que voy á volver.
Así mi pecho se llena
de dulce esperanza, y siento
en el alma tal contento
que no cabe en mí la pena.
Véate yo sonreir,
enjuga el acerbo llanto;

no hay razon á tal quebranto.
MAGD. Sí, te la voy á decir.
Me daba cierto rubor,
pero ya estoy decidida.
ROUGET. Dí.
MAGD. No es sólo tu partida
la causa de mi dolor.
ROUGET. Cuál es? Conocerla ansío!
MAGD. Tiempo hace que sufro muda
el tormento de esta duda:
Rouget, tu amor sólo es mio?
ROUGET. Cómo?
MAGD. Que contestes quiero.
ROUGET. Tú celos! mi dulce bien!
MAGD. Horribles!
ROUGET. Pero, de quién?
MAGD. De... la hija... de tu hostalero!
ROUGET. (Ah!) Desecha ese temor
que inspirarte ha conseguido
álguien que no ha distinguido
la gratitud, del amor.
Cuando á Strasburgo llegué
sabes que enfermo caí;
áun sin amigos aquí
triste y solo me encontré.
Constante á mi cabecera
velándome noche y dia
fué mi única compañía
esa infeliz hostalera.
Ya casi muerto me ví,
y á su afan caritativo
debo el encontrarme vivo
y el ser feliz junto á tí.
Ve si es justo lo que siento
por esa pobre mujer,
y si la puedo tener
ménos que agradecimiento.
MAGD. Por fin mi pecho respira!
ROUGET. Que me haces justicia veo
creyéndome.
MAGD. Ya lo creo!
No es tan franca la mentira!

Mas oyendo ciertas voces
repetirlo, me hizo mella...
y luégo... como al fin ella...
es hermosa...

ROUGET. La conoces!

MAGD. Pues hay quien no en la ciudad?
Si en la última procesion
iba en representacion
ella de la libertad!
Por cierto estaba preciosa!
(Transicion.) Así somos las mujeres:
sabiendo que no la quieres
me parece más hermosa.

ROUGET. Mi amor, vive sin temor,
lo concedo por igual
á tí y à otra amada.

MAGD. (Con viveza.) Á cuál?

ROUGET. Á mi patria!

MAGD. Buen amor!

ROUGET. Á ambas todos mis desvelos
dedico y toda mi fe.

MAGD. Quiérela mucho, Rouget,
de esa no he de tener celos!...
(Suena lejos una corneta.)

ROUGET. Te dejo; el deber me llama.

MAGD. Vuelve pronto.

ROUGET. Hasta despues!

MAGD. Adios! (Viéndole marchar.) (Qué gallardo es!)

ROUGET. (Deteniéndose á mirarla.)
(Qué hermosa y cuánto me ama!) (Váse.)

ESCENA VII.

MAGDALENA, despues RENARD.

MAGD. No hay otro como él.—Señor,
perdóname que te pida
que ántes acabe mi vida
si ha de faltarme su amor.
Ah! Renard! (Disponiéndose á salir.)

RENARD. No huyais así,
parece que me temeis!

MAGD. Yo! (Deteniéndose.)

RENARD. Por qué cuando me veis
el paso alejais de mí?
¿Qué puede daros temor?
No así huyais del lado mio.
¿No comprendeis que el desvío
aumenta siempre el amor?
—MAGD. Basta, no puedo escucharos.
RENARD. Vuestra presencia es mi vida!
—MAGD. Sabeis que estoy prometida
á otro hombre y que no he de amaros.
De mi amor único dueño
es él, dejadme ya en paz.
Es inútil que tenaz
prosigais en vuestro empeño.
RENARD. Todas iguales!—Rigor
para el que las quiere bien;
al que las ama, desden,
y al que las engaña, amor.
—MAGD. En balde habeis procurado
envenenar con la duda
mi dicha, Rouget la escuda
con la fe que me ha jurado.
RENARD. ¡Podeis vivir satisfecha
de su constancia sin par!
—MAGD. No puedo en mi pecho dar
entrada ya á la sospecha.
RENARD. (Con fuego.) Hasta hoy viéndoos engañada
os advertí su falsía,
otra cosa no podía
hacer, ni probaros nada.
Hoy tengo prueba palpable
de su amor á esa mujer.
—MAGD. Bien; no la quiero saber. (Pausa.)
RENARD. (Ya está deseando que hable.)
(Muy pausado.) ¿Sabeis que ella se ha alistado
de cantinera?
—MAGD. (Con viveza.) Y se va!
RENARD. Con él.
—MAGD. (Oh!)
RENARD. Así logrará
tenerla siempre á su lado.
—MAGD. (Está encendiendo un infierno

en mi alma!)
RENARD. ¿No lo creeis?
Esta tarde los vereis
marchar juntos.
MAGD. Dios eterno!
RENARD. Ved que la prueba es segura.
MAGD. ¡Y vos amarme decís
cuando tan sólo venís
á envenenar mi ventura!
Nada conseguís, cruel,
con tal proceder infame:
tan imposible es que os ame
como que no le ame á él.
Qué más?—Podría acabar
el amor que le profeso;
pero amaros á vos!... Eso
no lo debeis ni aun soñar!
RENARD. Nadie como yo os ha amado,
y tenedlo bien presente,
cambia en odio fácilmente
el amor que es despreciado,
y al arrancar mi esperanza
con tan altiva fiereza,
siento que á nacer empieza
en mí la sed de venganza.
MAGD. Lo que con frases de amor
no habeis podido lograr,
¡lo pretendeis alcanzar
infundiéndome terror!
RENARD. Yo nunca amenazo en vano,
por vuestro bien os lo advierto.
MAGD. Digno de vos es por cierto
ese proceder villano.
Sólo á una débil mujer
os atreviérais así.
RENARD. Ay desgraciada de tí!
Mía ó de nadie has de ser!
Oyes? (Cogiéndola por un brazo.)
MAGD. Que llamo! Soltad!
RENARD. (Soltándola.) No; ya os dejo... ya me voy.
MAGD. Salid!
RENARD. Mis palabras de hoy

en la memoria guardad!

—MAGD. (Dios mio, yo desfallezco!)
Salid!

RENARD. Ya no os hablaré
nunca de mi amor! (No sé
si la amo ó si la aborrezco.) (Váse.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA, sola.

MÚSICA.

Sal ya del alma mia,
horrible duda fiera,
que lacerando impía
mi corazon estás;
si es cierta la falsía
del hombre á quien adoro,
si tanto amor fingía
dudar no quiero más.

—

Sepa yo del pérfido
la cruel traicion;
séquense mis lágrimas,
muera ya mi amor!

—

Él fué por vez primera
quien despertó mi alma,
él encendió la hoguera
que hoy siento arder aquí:
¿por qué su voz artera
llegando á mis oidos
tan dulce y placentera
sonaba para mí?

—

Si es verdad que pérfido
tanto amor fingió,
ser podré su víctima;
¡olvidarle, no!

ESCENA IX.

MAGDALENA y FLORA.

HABLADO.

FLORA. (Ella! Qué casualidad!)
—MAGD. (Ah!) (Yendo á marchar al verla.)
FLORA. Deteneos, señora,
tengo que hablaros.
—MAGD. Ahora...
FLORA. Corre mucha prisa.
—MAGD. Hablad.
FLORA. En pocas palabras voy
á deciros mis deseos;
no me gustan los rodeos,
vereis lo franca que soy.
Hija del pueblo he nacido
y expresarme no sabré
como vos, pero diré
muy claro á lo que he venido.
Yo amo á Rouget.
—MAGD. Santo Dios!
Y así me lo confesais?
FLORA. Por qué no?
—MAGD. Acaso ignorais
que nos amamos los dos?
FLORA. Ojalá! Pero lo sé,
por eso he querido hablaros.
—MAGD. No entiendo...
FLORA. Voy á explicaros
muy claramente por qué.—
Jamás por nadie sentí
lo que ese hombre me inspiró:
le ví, le amé. ¿Por qué no
he de confesarlo así?
Á su voz el alma mia
regocijada se altera;
si él la vida me pidiera
contenta se la daría.
—MAGD. Eso no me importa nada,

podeis amarle en buen hora.
¿Qué quereis de mí?

FLORA. Señora,
no mereceis ser amada.
Os hablo del loco amor
que ese hombre logró inspirarme,
y me oís, y al escucharme
no estalla vuestro furor!
Sabeis lo que mi alma siente
por él; decís que le amais,
y le amo yo ¡¡y no me odiais?

MAGD. No; me sois indiferente.

FLORA. Vaya un modo de querer!
La indiferencia no entiendo;
yo, señora, no comprendo
más que amar ó aborrecer.

MAGD. Basta: si vuestra intencion
hoy mortificarme ha sido,
yo os perdono ese atrevido
arranque de la pasion.
Y juro que mi reposo
ni aun levemente alterais
confesándome que amais
á aquel que ha de ser mi esposo.
Pruebas tengo de que es fiel.
¿Le amais? ¿Qué puede importarme?
Pudiera... acaso inquietarme
saber que os amaba él.

FLORA. Y sabeis que él no me quiera?

MAGD. Os ama? (Muy vivo.)

FLORA. Viven los cielos!
Qué os importa? ¿Teneis celos?

MAGD. Celos yo de una cualquiera?

FLORA. Cómo?

MAGD. Vuestro proceder
me obliga á hablaros así.

FLORA. Ah! Ya sé por qué de mí
celos no podeis tener.
Vuestra superioridad
de clase lo impediría.
Vos sois noble!—Ya lo había
olvidado, dispensad.

Muy pronto esa distincion
no será tan conveniente,
y la tendré muy presente
cuando llegue la ocasion!
En tanto, y pese al altivo
desden con que lo escuchais,
no olvideis que amo al que amais
y que solo por él vivo,
y quiérame ó no me quiera...

—MAGD. Tal confesion os rebaja.

FLORA. Pues ahí teneis la ventaja
de ser una... una *cualquiera*.
Yo puedo expresarme así
y vos teneis que callar;
yo puedo con él marchar
mientras vos quedais aquí.

—MAGD. Eh?

FLORA. Sí; voy de cantinera
de su batallon, señora. (Con intencion.)
Ved si me conviene ahora
el ser, así, una *cualquiera*.
Siempre con el ser amado
las fatigas sufriré
de la campaña, y seré
feliz estando á su lado.
Presenciaré su victoria
primera... ¡con qué alegría!
Su gloria será la mia,
compartiremos la gloria;
y si una bala le hiere
le cuidaré con amor...
y moriré de dolor
á su lado si él se muere.

—MAGD. (Ah! No me engañó Renard!)

FLORA. (Al cabo la hice sentir!)
Luégo nos vereis partir!

—MAGD. Basta; no os puedo escuchar!

FLORA. Os molesto?

—MAGD. (Mi dolor
ocultarla necesito!)
(Casi riendo.)
Si él no os ama, os lo repito,

qué me importa vuestro amor?
Y ya bien claro lo vi,
vuestro afan lo ha descubierto:
si él os amara, de cierto
no hubiérais venido aquí.
Queriendo mortificarme
mis dudas desvaneceis:
os doy gracias, porque habeis
venido á tranquilizarme.
Procurad, pues, que el despecho
otra vez así no os venda...
é id con Dios! (Que no comprenda
todo el daño que me ha hecho!) (Váse.)

ESCENA X.

FLORA, sola.

Infame!—Tiene razon!
he estado muy torpe, sí:
es claro, la descubrí
sin querer el corazon,
y ahora gozándose va
en mi duelo y mi amargura:
goza, goza tu ventura,
que poco te durará! (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

LA MARQUESA y SAN MARTIN, detrás un postillon.

MUSICA.

MARQ. Pasad aviso!
No hay nadie aquí?
anunciad á la Marquesa
de Valmy.
(Entra el postillon por la izquierda.)

Por fin llegamos!
S. MART. Gracias á Dios!
MARQ. Ay qué camino!

S. MART. Qué agitacion!
MARQ. Hoy no es posible
ni aun viajar!
S. MART. Hoy ni aun se puede
ser sacristan!
MARQ. Ay qué maldita
revolucion!
S. MART. Pueden oiros,
bajad la voz!
MARQ. Nada me importa.
S. MART. Pues á mí sí,
que vengo muerto
desde París.
Mas felizmente,
no hay que dudar,
tras de estos tiempos
otros vendrán.

—

Otra vez en el convento
ya tranquilo me veré,
escuchando el dulce acento
de la hermana Salomé.
El refugium pecatorum
las monjitas me darán,
consolatrix aflictorum
de este pobre sacristan!
Y ayudando místico
á los santos fines
pensaré en las vísperas
y en los maitines,
y al fervor monástico
entregado así;
ya *per omnia sœcula,*
cantaré yo allí:
¡Virgo clemens nunquam sordam,
alejáminis la gordam!

—

Sácanos de estos ahogos
conservando nuestra fe,
y de impíos demagogos
liberanos domine.
Y prometo más de un año

ejercer la caridad
y hacer vida de ermitaño
y azotarme sin piedad.
Pero al ménos véame
en la sacristía
y oiga el dulce cántico
de la letanía.
Y en lugar pacífico
viéndome yo así,
ya *per omnia sæcula*
cantaré yo allí:
Vade retro populorum!
liberanos palizorum!

ESCENA XII.

DICHOS, MAGDALENA y el BARON DE DIETRICH.

HABLADO.

MAGD. Tia!
BARON. Señora!
MARQ. Hija mia! (Abrazándola.)
Baron! (Tendiéndole la mano para que la bese.)
BARON. Vos por esta casa!
MARQ. Bien podeis asegurar
que sólo de mala gana
puedo venir á Strasburgo
desde París.
BARON. Pues qué pasa?
MARQ. Y lo preguntais, Baron?
BARON. Qué hay de nuevo? No sé nada.
MARQ. En verdad que ya no es nuevo!
Desde que empezó la infausta
revolucion derrivando
hasta las cosas más altas,
nadie ocupa su lugar,
y tiene la aristocracia
que huir de la córte ó ser
víctima de la canalla.
Pero á fe que las potencias

unidas hoy contra Francia,
pondrán pronto cada cosa
en su lugar.

S. MART. (Que está detrás en pie.) Dios lo haga!

BARON. (Volviéndose.)
Eh? Quién es el que se atreve
á decir esas palabras?

S. MART. Señor...

BARON. Quién sois?

S. MART. (Por la Marquesa.) La señora
sabe...

BARON. (Á la Marquesa.) Viene con vos? Basta!

MARQ. Es un buen hombre...

S. MART. Me honrais,
señora Marquesa.

MARQ. Estaba
de sacristan en las monjas
Teresas, y al exclaustrarlas
se quedó el pobre en la calle;
y yo, que necesitaba
un mayordomo, le dí
este oficio y me acompaña.
Pero por qué os alterásteis
al escuchar sus palabras?

BARON. Porque respeto, señora,
las creencias de una dama
como vos, sólo por serlo,
mas no puedo tolerarlas
en un hombre cuando son
en desdoro de la patria.

S. MART. (Este viejo es demagogo!)

BARON. (Volviéndose á San Martin.)
Mas diga cuanto le plazca.
Fué sacristan, y ya he dicho
que yo respeto las faldas.

S. MART. (Sospecho que me ha insultado.)

MARQ. Ay Baron! No recordaba
que siempre vuestras ideas
fueron revolucionarias.

BARON. Siempre.

MARQ. Y no os arrepentís
viéndolas puestas en práctica?

BARON. Por qué, señora?
MARQ. Por qué?
La pregunta me hace gracia!
Reina el desórden en todo,
se encumbra la gente baja,
predícase el esterminio
de los nobles en voz alta,
la usurpacion ó el incendio
la propiedad amenazan,
y nadie puede vivir
seguro, ni aun el monarca!
S. MART. (Ni aun un pobre sacristan
que no se ha metido en nada.)
BARON. Señora, soy el primero
en deplorar lo que pasa,
y creo que sólo el órden
puede salvar á la patria.
Creo que deben calmarse
las pasiones exaltadas
de los diversos partidos
que hoy entre sí se desgarran;
creo que la libertad
con el órden se afianza,
que sin él vivir no puede;
mas no quiero que lo traiga
el extranjero imponiéndolo
con la fuerza de las armas:
ese órden me da vergüenza,
que es á costa de la infamia.
MARQ. Si no es solamente el órden
lo que hoy vienen Prusia y Austria
á restablecer.
BARON. Por eso
indignado el pueblo se alza.
MARQ. Vienen para levantar
lo que ha hundido la canalla.
BARON. El pueblo.
MARQ. Bien, es lo mismo.
BARON. No señora, hay gran distancia.
MARQ. Para mí es igual.
BARON. Por eso
no comprendeis mis palabras.

MARQ. Baron, no he de convencerme
oyéndoos.
BARON. Entónces basta.
Cerrando los ojos nadie
puede ver la luz más clara.
MARQ. (Á Magdalena.)
Qué es eso, hija mia? Os veo
así como contristada.
Vos pensareis como yo,
lamentareis lo que pasa.
MAGD. Yo pienso como mi padre:
no he de creer que me engaña.
S. MART. (Tambien ella es demagoga!)
MARQ. Veo que las nuevas máximas
tienen á la juventud
completamente cambiada.
¿Y qué solemnizan hoy,
que he visto en calles y plazas
levantar arcos de triunfo?
BARON. Es porque esta tarde marchan
los voluntarios.
MARQ. Á dónde?
BARON. Á la guerra. Se adelantan
para guardar la frontera
y tal vez atravesarla.
MARQ. Ay, San Martin!
S. MART. Qué hay, señora?
MARQ. Que nos tengan preparada
la silla para marchar
al momento, no nos vayan
á detener.
BARON. Pero adónde
os vais, señora?
MARQ. Á Alemania.
BARON. Es imposible.
MARQ. Traemos
pasaportes.
BARON. No os bastan.
Hoy ya para atravesar
la frontera, es necesaria
una órden de la Asamblea;
ha llegado esta mañana

el mandato.
MARQ. Santo Dios!
S. MART. (Santo fuerte!)
MARQ. Yo pensaba
detenerme aquí dos dias.
MAGD. Pues os quedais mientras alzan
la prohibicion!
MARQ. Imposible,
no quiero estar más en Francia,
yo no puedo con paciencia
presenciar lo que aquí pasa.
Esta tarde nos marchamos!
BARON. Y os cogen por emigrada
y teneis pena de muerte!
MARQ. Jesús!
S. MART. (La Vírgen nos valga!)
MARQ. Y quedándonos aquí
si la situacion se agrava,
qué vamos á hacer?
BARON. Estais
segura estando en mi casa.
S. MART. (Mucho! En la boca del lobo!)
MAGD. No hay remedio.
MARQ. (*Ap. á San Martin.*) (Yo alojada
por un revolucionario,
San Martin!)
S. MART. (Aquí nos asan!)

ESCENA XIII.

DICHOS, ROUGET.

ROUGET. Señores...
MAGD. Ah, Rouget!
ROUGET. (*Al Baron.*) Vengo
á cumpliros mi palabra.
BARON. Traeis el himno?
ROUGET. Aquí está!
BARON. Os presentaré á esta dama.—
La Marquesa de Valmy,
mi parienta muy cercana.
Rouget de L'isle, mi yerno

futuro.

S. MART. (Yo estoy en ascuas!)

BARON. Capitan de artillería
que hoy los voluntarios manda,
y á la vez poeta y músico
notabilísimo.

ROUGET. Gracias.

BARON. Ha escrito un himno patriótico
y quiere ántes de su marcha
hacérnoslo conocer.
Pasemos, pues, á la sala.

S. MART. (Á la Marquesa.)
(Nos va á hacer oir alguna
cancion revolucionaria!)

MARQ. Y os llamais?...

ROUGET. Rouget de L'isle.

MARQ. No conozco vuestro nada.

ROUGET. Pobre poeta ignorado,
músico desconocido,
mi nombre está en el olvido
con justicia sepultado,
y nunca lo habreis oido.
La artística aficion mia
há tiempo que conocía
mi buen amigo el Baron,
y así anoche me decía
alentando esa aficion:
—¿Por qué un himno no escribís
fiel expresion de ese ardiente
entusiasmo que sentís
para inspirarlo igualmente
á nuestro pobre país?
Un himno que el pueblo aprenda
fácilmente, que se extienda
pronto de una á otra ciudad;
himno sagrado que encienda
amor á la libertad!
Debeis escribirlo!—Sí!
dije, y á casa partí.
Lleno de fuego llegué
sintiendo agitarse en mí
el patriotismo y la fe.—

El odio á la tiranía
guiaba la pluma mia;
las ideas se agolpaban,
y en tropel, juntas brotaban
la música y la poesía.
Ya acalorada mi mente,
con trémula mano ardiente,
estas líneas escribí:
Si es bueno lo que se siente
algo bueno traigo aquí!
Venid mi canto á escuchar!
No quiero más galardon
si en la masa popular
un eco logran hallar
las notas de mi cancion!

(Entran por la izquierda, Rouget dando la mano á la Marquesa, detrás el Baron y Magdalena; y tras ellos San Martin, que al entrar se santigua.)

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

LA MARSELLESA.

Plaza de la catedral. Á la izquierda, en primer término, la Alcaldía, cuya gran puerta y reja volada dan á la calle. Á la derecha la entrada de otra con un gran arco triunfal de verdura, coronado por gallardetes. Dos arcos más en otras dos calles. Al fondo la catedral. Al efectuarse la mutacion la plaza está desierta y los cornetas tocan llamada debajo de los arcos.

ESCENA XIV.

MUJERES DEL PUEBLO, despues VOLUNTARIOS con armas. CHIQUILLOS, VIEJOS, CORO GENERAL.

MUSICA.

CORO GENERAL. La hora se acerca

de la partida.
La gente acude
ya prevenida.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

—

Calles y plazas
llena la gente,
y el más cobarde
mudó en valiente;
que en sus oidos
llegó á sonar
el grito mágico
de libertad!

(Quedan en el centro los Voluntarios. Á la izquierda las Mujeres y á la derecha los Viejos.)

VIEJOS. Si falta á nuestros brazos
la fuerza y el vigor,
al grito de la patria
aún late el corazon.
Marchar podeis tranquilos
por los que aquí dejais:
nosotros moriremos
cuidando vuestro hogar!

—

MUJERES. No penseis que llorando os aguardan
la esposa y el hijo:
prefieren no veros
á veros vencidos.
Nuestros ojos no anubla hoy el llanto,
no pueden llorar,
porque sólo sentimos la envidia
de veros marchar!

—

(Un grupo de veinte muchachos armados, con su tambor al frente, aparecen por la derecha formados.)

CHICOS. Somos los hombres
del porvenir,
y en nuestra débil
fuerza infantil

van los cimientos
en que ha de hallar
firme baluarte
la libertad!

—

Los hombres de mañana
vamos aquí:
los de hoy nos dan ejemplo
para morir!

—

(Vánse los chicos.)

CORO GENERAL. Á la voz de la patria
despertó la nacion,
y responden el niño
y el anciano á su voz.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

ESCENA XV.

DICHOS, FLORA, de cantinera, por la derecha, RENARD por la izquierda.

FLORA. (Siglos son los instantes
que ya acabando van
hasta sonar la hora
dichosa de marchar.
Con él! Siempre á su lado!
Tal dicha yo jamás
por grande, por inmensa,
ni aun me atreví á soñar!)

—

RENARD. Qué esperais?
FLORA. Á nuestro jefe!
RENARD. (Á todos.) Pues á fe que el capitan
no da ejemplo de impaciencia
al haceros esperar!
Del amor el dulce lazo (Á Flora.)
deteniéndole allí está,

(Señalando á la Alcaldía.)

y á dejarle no le mueve
la impaciencia popular.

FLORA. Á llamarle!

TODOS. Sí; que salga!

(Se dirigen tumultuosamente hácia la puerta de la Alcaldía. De pronto se oye la voz de Rouget que canta dentro acompañado por el clave la primera estrofa de la Marsellesa. Al oirla, Flora detiene á la multitud, que se para y escucha.)

FLORA: Silencio!—Escuchad!

ROUGET. Marchemos, hijos de la patria;
glorioso dia luce ya!
Otra vez el sangriento estandarte
los tiranos se atreven á alzar.

—

¿Ois rugir por la campiña
esa turba salvaje y audaz?
Degollar vuestros hijos desea
para ahogar en su sangre nuestra idea!
El arma preparad!
No hay tiempo que perder!
Marchad, marchad
á defender
la santa libertad!

(El pueblo oye conmovido la primera estrofa.—Al cantar Rouget el estribillo, el coro lo repite con Flora. Renard á un extremo del escenario los contempla sombrío.)

CORO. Al arma sin tardar! etc.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROUGET, BARON, MAGDALENA, LA MARQUESA y SAN MARTIN.

Rouget saca la bandera que en el cuadro anterior estaba en la sala de la Alcaldía, y con ella enarbolada canta la segunda estrofa del himno, cuyo estribillo repiten todos con el mayor entusiasmo.

ROUGET. Mirad las hordas de traidores

que el suelo patrio van á hollar.
¿Para quiénes son esas cadenas
que forjando iracundos están?

—

Son para tí, pueblo querido;
presto vé tal afrenta á vengar;
el furor en tu pecho despierte,
busca ya la victoria ó la muerte!
El arma preparad! etc.

TODOS. El arma sin tardar, etc.

(Se oye un cañonazo.)

—

ROUGET. (Á Magdalena.)
(Adios, mi bien amado,
la hora fatal llegó!)

RENARD. (Tal vez es la postrera (Mirándolos.)
en que os hablais los dos!)

MAGD. (Mirando á Flora.)
(El ver que marchan juntos
me parte el corazon!)

FLORA. (El alma me destroza
ver juntos á los dos!)

BARON. (Á Rouget.)
(En marcha ya, hijo mio;
llevad mi bendicion!)

MARTIN. (Qué voz! Y qué bien canta
esa feroz cancion.)

MARQ. (No hay duda que el tal himno
á todos nos conmovió.)

CORO. Tronando nos despide
el bronce con su voz!

TODOS. Adios! Adios! (Se abrazan.)

—

ROUGET y CORO.
Marchemos, si, la patria nunca en vano, etc.

—

(Desfile de las fuerzas militares por delante de la Alcaldía. Rouget se incorpora á los Voluntarios y Flora se coloca á su lado.—El pueblo los despide agitando en el aire pañuelos y sombreros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL TERROR.

La escena dividida. Á la izquierda del actor una calle estrecha, cortada en último término por un pretil. Sobre éste, hasta perderse lo más léjos posible, una callejuela. La calle, que ocupa los primeros términos, está cortada por otra trasversal, á la cual hace esquina la casa de la izquierda. De esta se ve el patio, junto á cuya puerta de la calle está la portería, que es un cuchitril abierto por la parte que da al público. Al foro escalera que conduce á los pisos superiores. Á la derecha puerta. Al levantarse el telon empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

VARIAS VECINAS bajan por la escalera á tiempo que entran de la calle otras. Algunas hacen calceta.

MUSICA.

UNAS. Felices, ciudadanas!

OTRAS. Fraternidad!
UNAS. Salud!
(En voz muy baja.)
¿En dónde está el portero?
OTRAS. Sin duda se fué al club.
UNAS. Ved sin embargo si está;
hay que tener precaucion,
no nos denuncie despues
el ciudadano Neron.

—

VECINAS. (Despues de mirar la portería.)
No está, no está!
OTRAS. Pues hablemos ya!

—

Ciudadanas, qué sucede,
qué se dice por ahí?
UNAS. Cunde el miedo y no hay un alma
por las calles de París.
OTRAS. Hoy sin duda por el centro
algo grave sucedió,
pues se nota por el barrio
que en aumento va el terror.
¿Qué ocurre, ciudadanas?
Qué pasa por ahí?
UNAS. Se dicen muchas cosas.
OTRAS. Decid! Contad.
UNAS. Oid!

—

(Con misterio.)
Dicen que á todos los girondinos
hoy juzga al cabo la Convencion;
su muerte piden los jacobinos
y nadie espera la absolucion.
Danton anoche juró su ruina
y hoy á los jefes acusará;
tal vez mañana la guillotina
con todos ellos acabará!
TODAS. Que horror! mañana la guillotina
con todos ellos acabará!

—

Esto se dice,

esto se cuenta,
poco se sabe,
mucho se inventa.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.

—

—Dicen que aumentan los vendeanos,
que ya dominan en su país,
y se asegura que los prusianos
á escape vienen sobre París.
Con las contínuas ejecuciones
está aterrada la capital,
y á cientos mandan las delaciones
los jacobinos al tribunal.

—

Esto se dice,
esto se cuenta,
poco se sabe,
mucho se aumenta.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.

(Se oyen gritos cercanos, entre los que sobresale éste: Mueran los aristócratas! Mueran!)

VECINAS. Ois ese tumulto?
Que pasará?

(Salen todas á la puerta de la calle.)

ESCENA II.

DICHAS, JACOBINOS, DESCAMISADOS y MUJERES, que traen en triunfo á SAN MARTIN.

JACOBINOS y DESCAMISADOS.
Mueran los girondinos!
Viva Marat!

—

(Las Vecinas al verles vuelven á entrar en el patio asustadas. El coro conduce á San Martin hasta

la puerta de la casa.)

CORO. Aquí va la esperanza
de la Nacion.
¡Abajo los exnobles!
Viva Neron!

—

(San Martin entra en el patio seguido del coro.)

S. MART. El pueblo se corona en mi cabeza,
dijo Marat, ciñéndose el laurel:
yo esta ovacion en nombre de la patria
acepto como aquel.

—

Mil gracias, ciudadanos,
si el triunfo conquisté;
la nueva idea en cambio
popularizaré.

—

CORO. Si logra su elocuencia
el triunfo conquistar,
la nueva idea en cambio
popularizará!

—

S. MART. Yo quiero ver cien nobles
colgados de un farol,
racimo que en un dia
vendimie la Nacion.
Yo soy descamisado,
yo quiero la igualdad;
si yo no tengo nada,
que nadie tenga más!

—

Muerte y exterminio
haya por doquier;
sangre y degollina,
ese es mi placer!

—

CORO. Muerte y exterminio, etc.

—

S. MART. El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera quien no piense
igual que pienso yo!

De todo jacobino
que anhele aquí vencer,
fraternidad y palo
la enseña debe ser!

—

Muerte y exterminio, etc.

—

CORO GENERAL. Muerte y exterminio, etc.

HABLADO.

CIUD. 1.° Bien, ciudadano Neron!
Tú serás otro Marat!
CIUD. 1.ª Si hubiera muchos patriotas
como tú!...
S. MART. Sí, pocos hay!
Aquí para que la cosa
marche bien hay que cortar
lo ménos dos mil cabezas
diarias. (No he dicho más
porque no se me ha ocurrido.)
CIUD. 1.ª Esa es la pura verdad!
CIUD. 2.ª Quedan muchos aristócratas
que son el foco del mal.
CIUD. 2.° Y realistas á millares.
CIUD. 1.° Hoy se ha logrado escapar
un sacristan que anda oculto,
pero ya parecerá;
en cuanto le eche la garra
va derecho al tribunal.
S. MART. Sacristan! Gente de iglesia!
Se le debe despreciar;
dejadle.
CIUD. 1.° (Amenazador.) Cómo! Tú dices
que se deje en libertad
al sacristan de un convento
de monjas!
S. MART. De monjas? Ah!
De monjas! Era de monjas!
Entónces no hablemos más,
merece la guillotina:

había entendido mal!
Desolacion y exterminio!
Que no quede un sacristan!

TODOS. Bien!

S. MART. (Perdone mi cofrade,
no sirve mi voluntad!)
Conque ciudadanos, yo
aún tengo que redactar
una mocion para el club
y va siendo tarde ya.

CIUD. 1.° Sí, nosotros nos marchamos
á la Convencion.

S. MART. Si hay
alguna cosa importante,
ya lo sabeis, avisad!
y mañana á la seccion,
y cuidado con faltar!

CIUD. 1.° Buenas noches, ciudadano.

S. MART. Salud y fraternidad!

(Sale el Coro á la calle.—Las Vecinas, como atemorizadas, suben por la escalera á sus habitaciones. Las que han venido de otras casas salen mezcladas con los descamisados.)

MUSICA.

CORO. (Alejándose.)
El pueblo sus cadenas
ha roto ya.
Mueran los girondinos!
viva Marat! (Váse por el foro.)

ESCENA III.

SAN MARTIN solo, despues de ver si hay álguien.

Basta, basta de ficcion!
Nadie ya me puede ver,
ya puedo dejar de ser
el ciudadano Neron.
Mi apacible condicion
á solas no he de ocultar.
¿Quién había de pensar

que el beato San Martin
llegaría á ser al fin
un ídolo popular!

—

Yo que no tengo valor
para matar un mosquito,
así que levanto el grito
infundo á todos horror.
Se me nombra con temor,
y aquel que se atreve á más
solamente por detrás
me señala con el dedo;
y estando muerto de miedo
soy terror de los demas!

—

De todos los oradores
yo soy quien logra obtener
más aplausos al hacer
proyectos aterradores.
Mas de predicar horrores
y absurdos contínuamente,
tan turbada está mi mente,
que anoche mientras dormía
soñaba que me comía
á una vecina de enfrente.

—

Soy odiado, soy temido
y adquiere fama mi nombre.
Señor, ¿seré yo un gran hombre
sin haberlo conocido?
No; yo no soy presumido,
la gloria no me cegó,
y cien veces me ocurrió
al verme aplaudido así,
«¡cuántos habrá por ahí
que harán lo mismo que yo!»
(Entra en la portería.)

—

(Bostezando.)
Qué sueño tengo!—Este afan
contínuo rinde á cualquiera.—
(Se sienta en el tablado.)

Si esa gente descubriera
que yo he sido sacristan!...
¿Cómo no adivinarán
que soy un hombre de bien!
Tienen ojos y no ven,
pero esto viene en mi auxilio
(Santiguándose.)
In nómine Patri et Fillio
Spíritu sancto, amen.
(Se echa y duerme.)

ESCENA IV.

Música en la orquesta.

Aparecen por el foro en lo alto del pretil **ROUGET, MAGDALENA** y la **MARQUESA**, vestidas como del pueblo bajo. Ésta con una gran escarapela tricolor en la cabeza.

MARQ. Nos sigue un hombre, Rouget.
ROUGET. Silencio y andad de prisa.
(Por el mismo sitio aparece tambien Renard.)
Una patrulla! Ocultémonos!
MARQ. Pero dónde?
ROUGET. Aquí, en seguida.
(Se ocultan en el umbral de una puerta: Renard hace lo mismo en la esquina del tercer término derecha. Sale por la derecha una patrulla de Guardias Nacionales, que se detiene al oir la patrulla de Seccionarios, que sale por la izquierda. Ambas al verse preparan las armas.)
GUARD. Quién vive?
SEC. Seccion de Templo!
GUARD. Vé si tiene la consigna, (Á uno de la patrulla.) ciudadano.
CIUD. (Acercándose al Seccionario, que avanza.)
Fuerza!
SEC. Union!
CIUD. Bien.—Viva la Comun!
TODOS. Viva!
(Los Seccionarios suben por el pretil y los Guardias se marchan por la izquierda.)

ROUGET. (Despues de verlos desaparecer.)
No hay nadie; podeis salir.
MARQ. Os digo que nos seguía
un hombre.
ROUGET. Callad ahora!
MARQ. (Uf! Qué barrios! Me horripilan!)
(Renard, que les ha seguido, al ver que se detienen ante la casa, se oculta tras de la esquina, asomando un momento la cabeza.)
MARQ. Es esta la casa?
ROUGET. Sí!
(Abre con llave la puerta. Entran.)
(Mirando á lo largo de la calle.)
Sin duda perdió la pista. (Cierra la puerta.)
RENARD. (Mirando la casa.)
Me basta. Ya habeis caido.
No olvidaré la guarida.
(Váse rápidamente por el pretil. Cesa la música.)
ROUGET. (Acercándose á la portería.)
Ciudadano! Ciudadano!
No hay nadie en la portería
sin duda, mas vendrá pronto;
habrá ido á adquirir noticias.
MARQ. Pero nuestra habitacion,
cuál es?
ROUGET. No sé; prevenida
desde hoy al anochecer
me dijo que la tendría;
y es necesario esperar
hasta que venga y nos diga
cuál es.—Aquí miéntras llega
podeis descansar tranquilas.
MARQ. Y quién es el cariñoso
protector que nos auxilia?
ROUGET. San Martin.
MARQ. Cómo! Es posible!
ROUGET. Silencio!
MARQ. Oh alma bendita!
Conque está en París el pobre!
Y yo que no lo sabía!
Es un santo! No sé cómo
no ha ido ya á la guillotina!

ROUGET. Ya lo sabreis!—Magdalena,
cálmate ya, no te aflijas.
Vuelva yo á ver en tus ojos
reflejarse la alegría.

MAGD. Ay Rouget! Ya no es posible:
murió para mí la dicha.

ROUGET. Te lo ruego por mi amor.

MAGD. Pues qué, sin él viviría?
Un año lejos de tí,
se ha sostenido mi vida
no más que con la esperanza
de volverte á ver un dia!

ROUGET. Pues bien, ya estoy á tu lado;
refiéreme tus desdichas,
y únanse para llorarlas
tus lágrimas y las mias.

MAGD. Rouget, desde que marchaste
á la guerra, sin noticias
tuyas, creyéndote muerto,
viví en constante agonía.
La revolucion creciente
desencadenó sus iras.
Yo temblaba por mi padre,
que en vano evitar quería
los excesos de la plebe,
más y más enardecida
cada vez contra los nobles
que aún en la ciudad vivían.
Á muy poco tiempo fué
denunciado por realista
y conducido á París.
Preso él ya, quién detenía
en su vértigo insensato
á la plebe enfurecida?
Nadie!—Entre aquella marea
que por momentos subía,
nos vimos amenazadas
de muerte nosotras mismas.
Y una noche entre las turbas
huimos despavoridas
al resplandor de la hoguera
de mi palacio que ardía!

Vinimos á París. Yo
confiando en la justicia
del tribunal, esperaba
que á mi padre absolvería.
¿Cómo suponer que fuese
una delacion inícua
bastante para cambiar
tan pronto al ídolo en víctima?
MARQ. Y sin embargo, así fué.
MAGD. Las dos, al siguiente dia
de hallarnos aquí, le vimos
morir en la guillotina
¡al son de tu himno! de aquel
que á instancia suya escribías
hace un año y que cantabas
el dia de tu partida!
MARQ. Dichosa cancion! Á mí
me causa espanto el oirla. (Sentido.)
MAGD. Sin duda no morí entónces
porque hasta odiaba la vida,
y Dios me quitaba sólo
aquello que yo quería!
ROUGET. Qué horror!
MAGD. Desde aquel instante
en agitacion contínua,
llevando nombres supuestos
para no ser perseguidas,
y temiendo una denuncia
si alguno nos conocía,
hemos vivido seis meses
eternos, sobrecogidas
de terror, con la amenaza
de la muerte á nuestra vista.
MARQ. Ay! hemos sufrido mucho!
Rebajadas, confundidas
con la canalla, cosiendo
para pasar por modistas,
dejándonos tutear
por la gente más indigna,
llamándome *ciudadana*,
que es lo que más me horroriza...
Os juro que muchas veces

casi he estado decidida
á exclamar á voz en grito
denunciándome yo misma:
¡he sido, soy y seré
aristócrata y realista!
¡Muera la revolucion
y viva la monarquía!

ROUGET. Prudencia! Por Dios!

MARQ. Al fin
he logrado hacer de tripas
corazon, y eso tal vez
nos ha salvado la vida.
Me he puesto la escarapela
tricolor; ved que bonita!
y hoy os dirá todo el mundo
que soy una jacobina
descamisada. Y en esto
no mienten los que lo digan,
que entre unos y otros, al fin
me han dejado sin camisa.

ROUGET. Al escuchar el relato
de todas vuestras desdichas
veo que no fué conmigo
la desgracia tan impía.
Desde que léjos de tí,
pisando tierra enemiga
fuí soldado de la patria
del Rhin en la opuesta orilla;
la vida del campamento,
el peligro y la fatiga,
todo, prestaba á mi ser
nuevo aliento y nueva vida,
y con tu amor por escudo
valeroso combatía.
Cien veces al son del himno
que hoy en tus oidos vibra
como un cántico de muerte,
nuestras huestes decaidas
por el cansancio, se alzaron
poderosas á mi vista.
Entonando con voz ronca
las estrofas aprendidas

entre el fragor incesante
de aquella lucha contínua,
los soldados fueron héroes,
y al pelear *parecía*
que el corazon de la patria
palpitaba en nuestras filas (1).
Mi cancion daba al soldado
con sus frases vengativas,
en la derrota consuelo,
en la victoria alegría!—
Ya desbandado el ejército
cuando la traicion inícua
de Dumouriez, yo rompí
el acero que ceñía.
Fuí presuroso á Strasburgo,
procuré adquirir noticias
vuestras, pero inútilmente;
y cuando casi perdida
la esperanza de encontrarte
mi ánimo desfallecía,
Dios te puso en mi camino.
¡Sea mil veces bendita
la hora en que mis ojos vuelven
á ver tu imágen querida!

MAGD. Y... aquella mujer?

ROUGET. Quién! Flora?
No sé si está muerta ó viva. (Con emocion.)

MAGD. Es posible!—No está aquí?

ROUGET. Tres meses há cayó herida
en el campo y prisionera
de las tropas enemigas.
Ignoro cuál fué su suerte
despues.

MAGD. Infeliz!

ROUGET. Es digna
de compasion!

MAGD. La perdono.
Su delito consistía
en amarte, y para mí
sólo esto la justifica.

---

(1) LAMARTINE.—Los Girondinos.

S. MART. (Soñando.) *Et cum espiritu tuo.*
(Despertando sobresaltado.)
Eh! Quién es?—Qué pesadilla! (Sentándose.)
Si álguien me ha oido!... Soñaba
que estaba ayudando á misa. (Se levanta.)
ROUGET. Habeis oido?—Parece
que hay gente en la portería. (Acercándose.)
Ciudadano!
S. MART. Quién me llama? (Ciñéndose el sable.)
Voy!
ROUGET. Es él! (Á la Marquesa y Magdalena.)
S. MART. Voy en seguida!

ESCENA V.

DICHOS, SAN MARTIN.

S. MART. (Saliendo.) Quién es?
MARQ. ¡San Martin!
S. MART. (Cegiéndola violentamente por un brazo.) Chiton!
San demonio!
MARQ. ¿Qué teneis?
S. MART. Me llamo, no lo olvideis,
el ciudadano Neron.
MARQ. (Aterrada.) Cómo! Sereis vos!...
S. MART. Sí tal!
El mismo!
MARQ. (Cómo ha cambiado!)
S. MART. El primer descamisado
de toda la capital.
Yo soy Neron, pero en todo,
y como él matando vivo.
MARQ. (Dios nos valga!)
S. MART. Y os prohibo
que me llameis de otro módo.
MARQ. (Dios mio, si este es otro hombre!)
S. MART. Oís?
MARQ. Así os llamaré,
San... Neron.—Pero por qué
habeis cambiado de nombre?
(Tímidamente y con mucho sigilo.)
S. MART. Qué pregunta, voto á tal!

Pues no sabeis, ignorante,
que hemos dejado cesante
á la córte celestial?
Hoy, todo buen ciudadano
que es enemigo del trono,
elige por su patrono
á un héroe griego ó romano.
Yo tengo entre los vecinos
de la casa Cicerones,
Calígulas y Catones
y Rómulos y Tarquinos.
Hay Lucrecias y Sabinas,
y Aquiles y Horacios flacos,
y dos madres de los Gracos
y tres ó cuatro Agripinas.
Y un Scipion, un Marcial,
un Scévola, un Severo,
dos Brutos en el tercero
y tres en el principal.

MARQ. Ah! Todo ha cambiado, sí!

S. MART. Y es raro que lo extrañeis;
vos misma ya no sereis
la Marquesa de Valmy.

MARQ. Callad! Qué he de ser? Yo soy
la ciudadana Isidora,
costurera y planchadora.

S. MART. (Riendo.) Lo que va de ayer á hoy!—
(Transicion.) Bien, pues como he dicho ya
al ciudadano Rouget,
yo en esta casa os tendré
y nadie os molestará.

MAGD. Gracias!

S. MART. Con la condicion
de verme y sólo hablarme
como portero y llamarme
el ciudadano Neron.

MARQ. Está bien.

S. MART. Y procurad
al hablar de ciertas cosas
el no haceros sospechosas
á nadie en la vecindad.
No vayan á descubrir

quiénes sois á lo mejor,
y por hacer un favor
me den á mi que sentir.

MAGD. Podeis estar descuidado:
temerosas de inspirar
sospechas, casi á no hablar
nos hemos acostumbrado.

ROUGET. (Con ironía.) La libertad conseguida
por el pueblo es tan completa
que una palabra indiscreta
hoy puede costar la vida.

S. MART. Quereis libertad mayor?

ROUGET. Mucho mayor la anhelaba,
que la libertad acaba
en donde empieza el terror.

S. MART. Es que por diversos modos
y esperando impunidad...

ROUGET. No la llameis libertad
si no es igual para todos!
De estar sujeta á la ley
de la infame tiranía
yo nunca preferiría
la de un pueblo á la de un rey.
Y no es que al monarca inmolo
la fe que en mis venas arde,
es que al ménos no es cobarde
cuando la ejerce uno solo.

S. MART. Os escucho con sorpresa!

ROUGET. No sé por qué, ciudadano.

S. MART. ¿Así habla el *republicano*
autor de la *Marsellesa*!

ROUGET. Mi himno no se llama así!

S. MART. Cómo!

ROUGET. Al ser envilecido
ese canto hasta ha perdido
el nombre que yo le dí.
Marsella con qué razon
á apropiárselo se atreve?
Mi canto llamarse debe
el canto de la Nacion.—
Vengo de oirlo entonar
al soldado que pelea

cantando un himno á la idea
que le impulsa á pelear.
Y veo aquí con dolor
que ese canto que ha animado
en la batalla al soldado
es el himno del terror.
Yo en esa cancion querida,
que oigo profanar ahora,
forjé un arma vengadora
pero no un arma homicida.
Aquí sembrando el espanto
marchan hordas de bandidos
al compás de los sonidos
de ese patriótico canto,
y á la par que lo profieren
en el crímen se desatan;
aquí cantándolo matan
y allá cantándolo mueren.
Siempre suena para mí
allí alegre, aquí sombrío;
¡aquel es el canto mio,
no el que entonan los de aquí!

S. MART. Silencio!

ROUGET. Teneis razon!
Alguien nos puede escuchar.—
Creo que debeis entrar
en la nueva habitacion.

S. MART. (Dirigiéndose á la portería.)
Voy por la llave.

ROUGET. Yo os ruego
me dejeis la de la puerta
de la calle, por si acierta
á serme precisa luégo.

S. MART. Llevadla.
(Entra en la portería y coge la otra llave.)

MAGD. ¿Te marchas?

ROUGET. Sí,
pero acaso volveré:
si noto alarma vendré
á pasar la noche aquí;
mas si no hay agitacion...

MAGD. No salgas! Me infunde miedo

verte marchar.

ROUGET. Hoy no puedo
faltar á la Convencion.
(En voz baja recatándose de San Martin.)
(Si el partido girondino
logra esta noche salvarse,
¡quién sabe! puede esperarse
que cambie nuestro destino!

MARQ. Dios lo quiera!)

ROUGET. Hasta mañana,
Magdalena!

MAGD. Adios, Rouget!
Ven temprano.

ROUGET. Sí vendré.
(Á la Marquesa.)
Buenas noches... ciudadana!
(Sale á la calle despues de cerciorarse que nadie le ve. Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos ROUGET.

S. MART. Voy á coger el farol. (Lo descuelga.)
Vamos.—Vereis qué cuartito:
no es que sea muy bonito,
pero es claro como un sol.

MARQ. Gracias!

S. MART. Y al ménos podreis
tranquilas en él estar.

MAGD. Cómo os podremos pagar
el favor que nos haceis!

S. MART. Ya os he dicho lo que quiero:
(Abriendo la puerta de la derecha.)
hablad poco y se acabó.
(Cediéndolas el paso cortesmente.) Pasad!
(Entra Magdalena.)
(Ya olvidaba yo (Transicion.)
mi papel!)
(Entra ántes que la Marquesa, impidiéndola el paso.)

MARQ. ¡Habrá grosero! (Entra.)

ESCENA VII.

FLORA, baja por el pretil como reconociendo el sitio.

MUSICA.

Esta es la calle,
no hay duda, no.
Este es el sitio
que me indicó.
Renard me jura
que vió á los dos!...
Celoso acaso
se equivocó.

—

Goce mi alma,
no más recelos;
ceda un instante
mi agitacion.
Basta de duda,
duerman los celos
en lo profundo
del corazon!

—

Voy á verle, ¡Dios mio!
¡Qué más dulce placer!
Voy al fin en sus ojos
á mirarme otra vez!

—

Si él á mi acento enamorado
con tierna voz responde ya,
¡oh, qué feliz seré á su lado,
cuánta ventura me dará! (Transicion.)
Mas si otra vez su pecho yerto
se muestra duro á mi dolor,
seré leona del desierto
que ruge fiera por su amor!

—

ESCENA VIII.

DICHA y RENARD, despues SAN MARTIN.

HABLADO

RENARD. Flora!
FLORA. Renard!
RENARD. (Señalando la casa.) Aquí es!
FLORA. Qué feliz casualidad!
Ahí habita el ciudadano
Neron.
RENARD. Le conoces?
FLORA. Ah!
Más de lo que él se figura.
En nuestras manos están;
ahora te respondo de ello.
(Queda como pensando.)
S. MART. (Á la Marquesa, que le acompaña hasta la puerta.)
¡Cuidado con olvidar
lo dicho!
MARQ. No lo olvidamos.
S. MART. Salud y fraternidad!
MARQ. (Y un demonio que te lleve!) (Cierra la puerta.)
FLORA. (Dirigiéndose á la puerta.)
Sí, lo mejor es llamar:
él debe estar á estas horas.
RENARD. Qué intentas?
FLORA. Ya lo verás! (Da dos aldabonazos.)
S. MART. (Que da un salto al oir los golpes.)
Jesús! Qué susto me han dado!
Ahora quién diablos será?
Quién es? (Con voz muy ronca.)
FLORA. Una ciudadana
que quiere hablarte!
S. MART. Allá van!
Siempre será una oradora
de la seccion que vendrá
á consultarme, de fijo,
alguna barbaridad!
Esto de ser hombre público
es lo más pesado y más... (Abre la puerta.)

Adelante!

FLORA. Buenas noches!
Entra tú tambien, Renard.
(Entran los dos en el patio.)

S. MART. Ciudadanos, poco á poco. (Deteniéndoles.)
Ante todo, á quién buscais?

FLORA. Al ciudadano portero.

S. MART. Yo soy. ¿Qué quereis?

FLORA. Hablar!
Cierra la puerta!

S. MART. Es que yo
tengo prisa.

FLORA. Dejarás
todo en cuanto yo te diga
dos palabras.

S. MART. (Despues de empujar la puerta.) Dilas ya.

FLORA. Te conozco! (En voz baja.)

S. MART. (Asustado.) Eh?

FLORA. (Riendo.) Qué te pasa?

S. MART. No... nada! (Qué atrocidad!
Iba á venderme!)

FLORA. Parece
que te has alterado.

S. MART. Bah!
Pues me gusta! ¿Por qué causa?
Si me conoces, sabrás
que soy Neron, el amigo,
el émulo de Marat.

FLORA. No es eso.

S. MART. Cómo! Es gracioso!
Si me vendreis á probar
que yo no soy yo.

FLORA. No es eso.

S. MART. Entónces...

FLORA. Ya entenderás.
(En voz muy baja.)
Yo te conozco hace mucho!

S. MART. Mentira!

FLORA. Cierto.

S. MART. (Más alterado.) No hay tal:
Yo no tengo conocidos
de ántes!

FLORA. No hay por qué gritar:
te importa hablar en voz baja.
Ese no lo sabe. (*Por Renard.*)

S. MART. (*Tranquilizándose algo.*) (Ah!)
Pues bien, de qué me conoces?

FLORA. De cuando eras sacristan!

S. MART. Yo!

FLORA. (*Subiendo la voz.*) Sacristan de las monjas
Teresas!

S. MART. (*Aterrado.*) Por Dios! Callad!

FLORA. (*En voz baja.*) Ya ves cómo te conviene
que hablemos bajito.

S. MART. (Ay!
Yo no sé lo que me pasa;
yo me voy á desmayar.)

FLORA. Tranquilízate; no vengo
á causarte ningun mal.

S. MART. Muchas gracias!

FLORA. Mas no ignores
que te puedo denunciar...;

S. MART. Por Dios!

FLORA. Y que denunciado,
te guillotinan y en paz.

S. MART. Disponed de mí al momento
que yo haré cuanto querais.

FLORA. Bien, poco á poco.—Tú sabes
la pena que el *tribunal*
revolucionario impone
al que se atreve á ocultar
á un *ex-noble*.

S. MART. (San Gervasio!)

FLORA. Sé que en esta casa están
ocultas dos aristócratas.

S. MART. (Infelices!)—No es verdad!

FLORA. Le hija del Baron Dietrich,
guillotinado poco há,
y su tia.

S. MART. (Esta mujer
lo sabe todo!)

FLORA. Ademas
está aquí Rouget de L'isle,
girondino, ex-capitan

de artillería...

S. MART. No es cierto,
ese os juro que no está.

FLORA. Es inútil que lo niegues,
yo mismo le he visto entrar.

S. MART. No vive aquí, se ha marchado,
lo juro.

FLORA. (Con interés.) Y no volverá?
¿Dónde ha ido?

S. MART. No lo sé.
Quedó en venir á pasar
la noche aquí si notaba
alguna intranquilidad;
si ocurría alguna cosa
muy grave.

FLORA. Entónces vendrá!

S. MART. Pues qué hay? (Agitado.)

FLORA. En la Convencion
acaban de condenar
á veintidos girondinos,
que mañana morirán.

S. MART. (Qué horror!)—Me alegro! Yo soy
patriota como el que más.

FLORA. (Animal!) (Dirigiéndose hácia Renard.)

S. MART. Eh? (Me parece
que me ha llamado animal.)

FLORA. (Á Renard.) (Quieres hablarla?)

RENARD. (Sí quiero!
Por última vez!)

FLORA. (¿Estás
decidido á todo?)

RENARD. (Á todo.)

FLORA. Ciudadano!

S. MART. Qué mandais?

FLORA. Dónde están esas mujeres?

S. MART. En ese cuarto.

FLORA. Pues vas
á hacer que salga la jóven;
éste la tiene que hablar.

S. MART. Y quién digo que la llama?

FLORA. Cuando salga lo verá.
Tú esperas dentro á que vuelva.

S. MART. Pero...
FLORA. Silencio!
S. MART. (No hay más;
me cogieron en la red
y no me puedo escapar!)
(Dirigiéndose al cuarto de Magdalena.)
FLORA. (Á Renard.) Por si acaso Rouget vuelve
mientras vosotros hablais
yo te esperaré en la calle.
RENARD. Bueno.
FLORA. No vacilarás?
RENARD. Mia ó de la guillotina!
Lo juro á fe de Renard.
(Sale Flora á la calle.)
S. MART. (Dando golpes á la puerta.)
Ciudadanas! Ciudadanas!
Se habrán acostado ya.
MARQ. (Dentro.) Quién es?
S. MART. Abrid al momento.
(La Marquesa abre y entra San Martin.)
RENARD. (Deseo y dudo á la par.)

ESCENA IX.

FLORA, en la calle; RENARD, en el patio; luégo MAGDALENA, que se detiene al ver á Renard.

MÚSICA.

MAGD. Renard! (¡Dios mio!)
RENARD. El mismo soy.
Hablarte quiero.
MAGD. (Perdida estoy!)

—

RENARD. ¿Pensaste acaso
que huyendo así
no lograría
llegar á tí?

—

Yo de tu paso
la huella sigo,

siempre anhelante,
lleno de afan;
que á mi alma dura
como el diamante,
atrae tu dulce
mágico iman.
Y aunque siempre insensible á mis quejas
no ves mi dolor,
cuanto más de mi lado te alejas
más crece mi amor.

—

MAG. Basta, que en vano
con voz amante
quereis el odio
disimular;
ni ayer altivo
ni hoy suplicante
de mí el cariño
podreis lograr.
Es inútil robarme la calma
con vuestro rigor;
ya sabeis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.

—

FLORA. (Si ántes altiva
luchó constante,
hoy al peligro
sucumbirá.
Renard al cabo
será su amante
y mi venganza
se cumplirá.
Verla logro sufrir de la pena
el fiero rigor:
para mi alma que el odio envenena
no hay goce mayor!)

—

MAGD. Ya sabeis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.

—

RENARD. Oh! sí! Mas juro
que ya de hoy más

tu amor, impía,
no gozarás.
Sé que tu amante
por fin te halló;
mas vuestra union ansiada
sabré impedirla yo!

—

Cese tu desden, cese tu desvío;
ya no guardo amor en el pecho mio;
ya no soy aquel desdeñado amante
que escuchó tu voz mudo y anhelante,
que miraba en tí su ángel salvador,
que llegaba aquí mendigando amor.
No soy el loco que amor demanda,
víctima ciega de tu rigor;
soy el que exige, soy el que manda,
soy dueño tuyo, soy tu señor!

—

Hoy en mis manos
tu vida está.
con el desden la muerte
buscando vas.

—

Dame á lo ménos
para mi amor
una esperanza sola.

MAG. ¡Mil veces no!

—

RENARD. La suerte de tu amante
por fin se decidió;
terrible mi venganza
caerá sobre los dos.

—

Cese tu desden, cese tu desvío;
ya no guardo amor en el pecho mio,
ya no miro en tí mi ángel salvador,
ya no llego aquí mendigando amor.

MAG. (Ten de mí piedad, sólo en tí confío,
sálvale, Señor, sálvale, Dios mio;
caiga sobre mí todo su furor,
líbrese Rouget, sálvese mi amor.)

FLORA. (Si hoy por el terror cesa su desvío,

duda ya no habrá siendo el triunfo mio;
yo por fin seré dueña de su amor,
yo sabré calmar todo su dolor!)
(Magdalena entra rápidamente en su habitacion.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos MAGDALENA.

HABLADO.

RENARD. Oh! Ya no debo abrigar
ni la más leve esperanza.
¡Consuéleme la venganza
si me puede consolar!
Pobre de tí!—Flora! Flora!
FLORA. (Entrando.) Qué pasa? Qué ha respondido?
RENARD. Que no.
FLORA. Y estás decidido
á denunciarla?
RENARD. Sí; ahora.
Si nó mi odio desfallece,
y á mi pesar considero
mucho más lo que la quiero
que lo que ella me aborrece.
Este corazon maldito
temo que me haga traicion.
FLORA. ¿Sabes que la delacion
tiene que ser por escrito?
RENARD. Sí.

ESCENA XI.

DICHOS, SAN MARTIN.

FLORA. Ciudadano portero!
S. MART. (Dios mio! Aún están aquí!)
Qué mandais?
FLORA. Hay por ahí
pluma, papel y tintero?
S. MART. Entrad en la portería!
(Dirigiéndose hácia la escalera.)

FLORA. Dónde vas?
S. MART. Á descolgar
el farol para alumbrar.
FLORA. Ah! Bueno.
S. MART. (Vírgen María!)
(Descuelga el farol y entra en la portería.)
RENARD. (Y ha de quedar libre él
cuando lo tengo en mi mano?)
S. MART. Aquí tienes, ciudadano,
pluma, tintero y papel.
RENARD. (Sentándose á escribir.)
(Si á ella salvarla no puedo...
mueran los dos!) (Escribe.)
S. MART. (Si pudiera
ver lo que escribe siquiera!
Estoy temblando de miedo!)
(San Martin procura ver lo que Renard escribe.)
RENARD. ¿Qué te importa lo que escribo?
S. MART. (Separándose.) Á mí?—Nada! (Pues señor,
esto aumenta mi temor.
Ay, no sé cómo vivo!)
RENARD. Ya está.—Voy al comité.
FLORA. Yo me quedo por si él viene.
RENARD. Vendrá, pues qué duda tiene?
(Á San Martin.) Dijiste ántes que Rouget
vendría esta noche?
S. MART. Sí;
él dijo que si ocurría
algo grave volvería
á pasar la noche aquí.
FLORA (Á Renard.)(Oye, podeis ir los dos.
No vaya á avisarlas...
RENARD. Cierto.)
Ven conmigo. (Á San Martin.)
S. MART. (Ya soy muerto!)
Dónde?
RENARD. Al comité!
S. MART. (Á Flora.) (Por Dios!
FLORA. No temas; te he dicho ya
que contigo no va nada.
Es con *ella*.)
S. MART. (Desgraciada!)

RENARD. Andando.
S. MART. (Ahuecando mucho la voz.) Vamos allá.
(Salen á la calle y suben por la callejuela.)

ESCENA XII.

FLORA, que se ha quedado sombría, meditando.

(De pronto.) Vamos, que no estoy tranquila!
Está visto: me ha hecho Dios
para luchar con nobleza,
de frente, á la luz del sol.
Casi casi me arrepiento
de haberle ayudado yo.
Esto al fin y al cabo es
una infame delacion.
(Rouget sale por la calleja de la izquierda.)
Pero álguien viene... ¿Será?...
Él es! Ya no dudo, no!
Son sus pasos que resuenan
dentro de mi corazon.

ESCENA XIII.

FLORA y ROUGET, que entra en el patio.

MÚSICA.

FLORA. Rouget!
ROUGET. Qué veo! Flora!
FLORA. Yo misma, yo!
ROUGET. Tú aquí!
¿Qué buscas? ¿Qué pretendes?
¿Qué quieres? Pronto, dí.
FLORA. Qué busco! Qué pretendo!
—Ni una palabra más!
sólo sorpresa y duda!
sólo temor quizá!
Ah!

—

Lejos de tí y herida y prisionera
sólo el afan de verte junto á mí,

:

fué mi sosten, y alegre y placentera
muda al dolor tranquila resistí.
Y hoy que por fin mi anhelo
puedo lograr,
ni una mirada tuya
calma mi afan.

—

ROUGET. Siempre sintió cariño el alma mia
y gratitud y afecto para tí;
verte feliz mi corazon ansía;
la ingratitud no cupo nunca en mí.
Dí qué deseas, pide,
dímelo ya;
siempre á tu voz dispuesto
me encontrarás.

—

FLORA. Qué he de querer
yo para mí?
vengo á salvarte,
vengo por tí.

—

De muerte amenazados
están los girondinos;
hoy mismo á tí con ellos
tal vez te buscarán;
huyamos de la muerte
que te amenaza impía,
huyamos hoy, mañana
remedio ya no habrá.

—

Yo puedo hacer que hoy mismo
ganemos la frontera,
y lejos de la patria
ingrata para tí,
tranquilos viviremos,
y siempre y donde quiera
una sumisa esclava
encontrarás en mí.

—

ROUGET. Marchar! Sin ella!—Nunca!
No digás más:
yo léjos... ella sola!

¡Eso jamás!

—

FLORA. Tu vida amenazada
me llena de terror;
desoye la llamada
de ese funesto amor.

—

ROUGET. En vano suplicante
me rogarás,
yo al riesgo abandonarla
¡eso, jamás!

—

CORO. (Muy lejano. *Çà irà.*)
Ah, bien va! Bien va! Bien va!
Á colgar realistas de los faroles!
Ah, bien va, bien va, bien va!
Todos los que caigan se colgarán!

FLORA. Pues bien, ingrato, escucha!
Escucha y tiembla ya!
la voz del pueblo es esa
que ciego viene acá!

CORO. (Lejano. *Çà irà.*)
Ah! Bien va! Bien va! Bien va!
Á colgar realistas de los faroles!
Ah! Bien va! Bien va! Bien va!
Todos los que caigan se colgarán!

—

FLORA. Rugientes se aproximan
buscando á esa mujer,
si acaso aquí te encuentran
te prenderán tambien.

ROUGET. ¿Has dicho que la buscan!

FLORA. Por ella vienen, sí!

ROUGET. Infame! Ya comprendo...
Apártate de mí!
(Rechazándola duramente.)
De tu voz al satánico acento
cambia en odio mi afecto hácia tí.
Ah! ¡Maldigo el infausto momento
en que noble tu pecho creí.

FLORA. La verdad á tus ojos presento;
el peligro llegó para tí!

¡No desoigas altivo mi acento,
que á la muerte te entregas así!

(La rechaza haciéndola caer al suelo y se dirige á la habitacion de Magdalena. Llama y entra.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SAN MARTIN, RENARD, un COMISARIO, GENDARMES, SECCIONARIOS, FURIAS DE LA GUILLOTINA, DESCAMISADOS, ETC., ETC.

Gran masa de gente que va llenando la calle y el pretil. Algunos traen hachas de viento. Otros con armas. Varios chicos, que armados con piedras las hacen sonar á compás del canto. Las Vecinas se asoman al corredor.

CORO GENERAL. Ah! Bien va! Bien va! Bien va!
Á colgar realistas de los faroles!
Bien va! Bien va!

—

Dos aristócratas
van á prender:
buen espectáculo
vamos á ver.

—

Ah! Bien va, etcétera.

(Las turbas, precedidas del Comisario, Renard y San Martin, entran en el patio. Ábrense las ventanas de las casas asomándose por ellas algunos vecinos. Gran tumulto.)

CORO. ¡Mueran los aristócratas
y viva la Nacion!

COMISARIO. (Llamando á la puerta del cuarto de Magdalena, que le señala Renard.)
Abrid á la República
que represento yo!

(Ábrese la puerta saliendo Magdalena y Rouget. Detrás la Marquesa, á quien poco despues San Martin obliga á que vuelva á entrar.)

COMISARIO. Tú eres la ciudadana
Magdalena Dietrich?

MAGD. Yo soy!

COMISARIO. (Á los gendarmes.) Prendedla!

CORO. Muera!

RENARD. (Que coge á Magdalena para entregarla á los gendarmes.)

Tu dueño soy al fin!

(Señalando á Rouget.)

Ese es el girondino!

ROUGET. (Adelantándose.)

Es cierto, sí, yo soy! (Le prenden.)

FLORA. (Á Renard.)

¡Qué has hecho, miserable!

RENARD. Me vengo de los dos!

FLORA. (Á costa de mi vida
sabré salvarle yo!)

—

CORO. Marchemos, hijos de la patria,
glorioso dia luce ya...

ROUGET. (Aterrado.)

Callad! Yo os lo suplico.
Callad por Dios! Callad!

RENARD. Le hace daño al realista;
ciudadanos, cantad!

CORO. Marchemos, hijos de la patria, etc.

ROUGET. ¡Y esas notas de mi alma brotaron
de la patria al sagrado calor!
Ah! Maldita la mano que escribe
esos cantos de muerte y horror!

CORO. Marchemos, hijos de la patria, etc.

(Se llevan á Rouget y Magdalena y las turbas los siguen cantando siempre hasta perderse por el foro.)

FLORA. (Que va á seguirles, se detiene en el patio.)

Morir! Morir con ella!
Qué horror! No! No será!

(Arrodillándose.)

Mi vida por la suya!
Perdon! Señor! Piedad!

(Cae desplomada y se oye lejana La Marsellesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

LA CONSERJERÍA.

Galería baja en la prision de la Conserjería. Á la izquierda salida á un pasillo, que da al exterior, con verja. Á la derecha dos puertas, una con grandes cerrojos, que conduce á los calabozos. Al foro dos grandes arcos, por los cuales se ve el patio. Mesa y taburetes de madera. Un gran farol pendiente de la bóveda á poca altura. Varias rejas sobre la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

UN COMISARIO, GENDARMES y CARCELEROS, jugando sentados á la mesa. Otro, con arma al brazo, paseando por delante de las prisiones, y en el foro otro. Al levantarse el telon empieza á amanecer.

MUSICA.

Voz. Alerta, ciudadano!

OTRO. (Más lejos.) Alerta!
OTRO. Alerta está.
COMISARIO. Qué bien cambia de mano
el dinero!
GEND. 1.° Ya, ya. (Jugando.)
GEND. 2.° Va doblada la puesta.
CARC. 1.° Ocho van!
GEND. Ya perdí.
CARC. 1.° Quince sueldos me cuesta.
GEND. 1.° Veinte me cuesta á mí!
COMISARIO. Ya despunta la aurora,
ya saldrá pronto el sol.
Ciudadanos, ya es hora
de apagar el farol.

(Un carcelero lo apaga, quedando la escena en una semiclaridad, que va aumentando rápidamente. El Comisario se retira por el foro.)

CARCELEROS. Va á llegar el relevo,
la baraja guardad;
de este tarro, que es nuevo,
la Ginebra apurad.

(Llenan dos copas, que pasan de mano en mano.)

TODOS. Para el que pasa
la noche en vela
no hay desayuno
como el licor;
templa el gaznate,
limpia y consuela
y presta al cuerpo
vida y calor.

—

La puerta se abre, atencion!

(Se abre la verja de la izquierda y entran San Martin y la Marquesa.)

ESCENA II.

DICHOS, SAN MARTIN y la MARQUESA.

S. MART. Salud y fraternidad!
TODOS. El ciudadano Neron!

y su apreciable mitad.

S. MART. (Presentando á la Marquesa.)
Amigos mios,
tengo el placer
de presentaros
á mi mujer.

TODOS. Valiente moza!

S. MART. Valiente, sí!
Por lo valiente
me hizo tilin.

MARQ. (Y que una tenga
que resistir!...
Todos los nervios
me hacen así!) (Crispando las manos.)

CORO. Y desde cuándo
casado estás?

S. MART. Hace tres dias
ó poco más.

CORO. Y en qué parroquia,
dí, gran bribon,
te ha echado el cura
la bendicion?

S. MART. Cura á *este cura!*
Qué atrocidad!
No tuve de ello
necesidad.

—

CORO. No hay más que oirle,
no hay más que ver:
es demagogo
de buena ley.

—

S. MART. Permite la república
que pueda sin faltar,
en uso del libérrimo
derecho conyugal,
unirse un par de prójimos,
y así, sin más ni más,
gozosos irse al tálamo
con toda libertad.

—

Y por este método,

¡ay, qué retebien!
sir oir la epístola
de San... no sé quién,
y sin más andróminas
que un *dame* y un *ten*,
cásanse sin clérigo
en un santiamen.

—

CORO. Y por ese método,
¡ay, qué retebien!
cásanse dos prójimos
en un santiamen!

HABLADO.

CARC. 1.° Vaya un brindis por tu boda.
S. MART. Gracias; por mi boda va. (Bebiendo.)
CARC. 1.° (Á la Marquesa.)
Oye tú, bebes ginebra?
S. MART. Que si bebe! Y aguarrás.
CARC. 1.° Pues toma una copa.
MARQ. (Ay Dios! (La bebe.)
Qué tragos hay que pasar!)
CARC. 1.° Y qué diablos te ha traido
tan temprano por acá?
S. MART. Pues... cosas de esta!—Quería
ya hace tiempo visitar
las prisiones... y la dije,
hoy tengo yo que ir allá,
vente conmigo y las ves.
Al ciudadano Layard,
—me acordé de tí,—le toca
de guardia, y te enseñará
lo que quieras... por supuesto,
si es que no hay dificultad.
CARC. 1.° Para los buenos patriotas
siempre estas puertas están
francas, ya lo sabes tú.
La ciudadana será
buena patriota?
S. MART. Tremenda!

Se va á ver guillotinar
todos los dias, y goza
de una manera que ya!
y ha echado en el club discursos,
conque no os digo más.

CARC. 1.° Sí, eh?

S. MART. Con una elocuencia
que deja á Danton atrás.

GENDS. y CARCS. Já, já, já!

GEND. 1.° Que diga algo!

TODOS. Que hable!

CARC. 1.° Sí, tienes que hablar.

S. MART. Habla.

MARQ. Pero aquí!...

CARC. 1.° No importa;
imagínate que estás
en el club.

TODOS. Venga un discurso!

S. MART. (Rápidamente y aparte.)
(Hablad por Dios!)

MARQ. Allá va.
(Tose y se prepara.)
Señores!

TODOS. Cómo señores!

CARC. (Acercándose con todos en actitud amenazadora.
Qué es eso?

S. MART. (Interponiéndose.) Basta! Haya paz.
Lo ha dicho... irónicamente,
en tono de burla.

TODOS. Ah!

S. MART. Pero ni aun en ese tono
te lo vuelva yo á oir más,
ó te pego una paliza
que te deslomo.

MARQ. (Animal!)
(Despues de toser.)
Ciudadanos!

TODOS. Bravo! Bien!

MARQ. Descamisados!

TODOS. Bien va!

MARQ. (Iba á decir ¡indecentes!
pero se incomodarán.)

La libertad ó la tumba!
¡La muerte ó la libertad!

TODOS. Bien!

MARQ. La nacion pide sangre!

TODOS. Bravo!

MARQ. Es preciso apurar
hasta la última gota
del... pues... y del... y de la...
En fin, ciudadanos, pido
la indivisibilidad
de la república.

TODOS. Viva!

MARQ. Y el reparto general!

TODOS. Bravo!

MARQ. Y el terror... y he dicho.
Salud y fraternidad!

TODOS. Bravo! Muy bien! (Se oye una corneta.)

GENDS. El relevo!

(Cogen las armas los Gendarmes y salen al patio donde los relevan otros durante el principio de la escena siguiente.)

CARC. 1.° Ea, yo voy á pasar
revista, mas pronto salgo.
(Á San Martin.) Si vosotros me esperais,
entrareis en cuanto cumpla
con esta formalidad.
Hasta luégo.

S. MART. Hasta despues.

CARC. 1.° (Dando en la espalda á la Marquesa.)
Adios, ciudadana.

(Abre la primera puerta de la derecha y sale por ella.)

MARQ. (Volviéndose asustada.) Ay!

ESCENA III.

SAN MARTIN y LA MARQUESA.

MARQ. Vamos, estas groserías
ya no las puedo aguantar.

S. MART. Silencio! Ya es necesario
que hablemos con claridad.
(Recatándose para que no puedan oirles.)

MARQ. Qué sucede!
S. MART. Una gran cosa!
MARQ. Cómo? ¿Se puede salvar
á Magdalena?
S. MART. No es eso.
Desgraciadamente ya
sólo intentarlo sería
condenarnos los demas.
MARQ. Dios mio!
S. MART. Por complaceros
y para que la veais
por última vez, os traje.
No vayais luégo á olvidar
mis instrucciones. Cuidado
con hacer un ademan,
un gesto, por el cual puedan
ni siquiera sospechar
que os conoceis.
MARQ. Y si acaso
ella viene...
S. MART. Descuidad!
Yo le indicaré por señas
cuando no puedan notar
que lo hago... Pero vos nada.
MARQ. Bueno.
S. MART. (Con gran misterio. Sacando un papel.)
Y ahora... mirad!
MARQ. Y qué es eso?
S. MART. Un pasaporte.
MARQ. Un pasaporte!
S. MART. Sí tal,
para dos, para nosotros.
MARQ. Cómo!
S. MART. Sí, para escapar
hoy mismo. ¿No comprendeis?
MARQ. Dios mio, será verdad?
S. MART. Y tan verdad! Ya que á ella
no la podamos salvar,
salvémonos á lo ménos
nosotros.
MARQ. No me engañais?
Pero vos no estais contento

en París?

S. MART. Yo! Qué he de estar?

MARQ. Pero... vuestros compromisos...
vuestra popularidad...

S. MART. Yo soy lo que siempre fuí.

MARQ. Es posible!

S. MART. Claro está.
Y estoy deseando verme
en Rusia ó el Indostan,
á mil leguas de París,
para volver á tomar
oficio de mayordomo
y aspecto de sacristan.
Y llamaros excelencia
con toda solemnidad,
y Marquesa por aquí,
y Marquesa por allá,
y léjos de esta gentuza,
que no puedo soportar,
en donde mande un tirano
vivir con más libertad.

MARQ. Ay, San Martin! (Cogiéndole una mano.)

S. MART. Ay... Marquesa!
(Llenándose la boca con esta palabra. De pronto, asustados los dos, dan una vuelta rapidísima girando sobre los talones, para ver si álguien les observa.)

MARQ. Y podremos escapar?...

S. MART. Hoy mismo, á las ocho en punto
un carruaje estará
esperándonos; salimos
por la barrera y en paz:
hasta las puertas del Havre
no nos detenemos ya;
nos embarcamos y luégo...
que nos esquen en el mar.

MARQ. Gracias! Sois mi salvador!
Dadme un abrazo!

S. MART. Tomad! (Se abrazau.)

MARQ. Ay, San Martin!

S. MART. (Estrechándola más.) Ay, Marquesa!

CARC. 1.° (Saliendo y viéndolos.)

Me parece muy bien!
LOS DOS. Ay!

ESCENA IV.

DICHOS, EL CARCELERO 1.°

S. MART. (Aterrado.) (Nos ha oido!)
CARC. Qué demonio!
No hay que avergonzarse. Bah!
Entre marido y mujer
no hay nada más natural.
La luna de miel exige
esos extremos.
S. MART. (Tranquilizándose.) Já, já!
(No nos ha oido!) Esta es
la más zalamera y más...
(Haciéndola una caricia.)
CARC. Es natural.—Ciudadana,
hoy no puedes visitar
las prisiones.
S. MART. Pues qué ocurre?
CARC. Que en este momento van
á cerrar todas las puertas.
MARQ. (Asustada.) Me voy!
CARC. No te asustes!
S. MART. Quiá!
¡Asustarse esta de nada?
CARC. Descuida, que tú saldrás.
S. MART. Pero por qué no permiten?...
CARC. Ha querido el tribunal
adelantar la hora de
las ejecuciones...
S. MART. Ya!
CARC. Y miéntras que se preparan
las carretas y demás,
es costumbre y no se deja
á nadie salir ni entrar.
(Á la Marquesa.) Conque, lárgate si quieres
ver la gran fiesta! ¡Que hoy hay
aristócratas y gente
de superior calidad!
MARQ. Sí, sí, no quiero perder...

Vamos.

CARC. (Á San Martin.) No, tú no te vas!

S. MART. Pues?

CARC. Porque te necesito
para un servicio especial
¡en nombre de la República!

S. MART. Entónces, no hablemos más.
Soy tuyo.

CARC. Esperadme aquí.
Voy en un momento á dar
varias órdenes. (Entra por el foro.)

MARQ. Dios mio!
Qué horrible contrariedad!
San Martin!

S. MART. Callad por Dios!
Vos salís y me esperais
en el sitio donde ayer
nos citamos.—Iré allá
en cuanto sea posible.

MARQ. Y me marcho sin lograr
haber visto á Magdalena...

S. MART. Eh! Silencio!

CARC. (Saliendo, á otro.) Colocad
guardias dobles en el patio.
(Á la Marquesa y San Martin.)
Ea, venid por acá. (Por la derecha.)

MARQ. (Ay, San Martin!)

S. MART. (Ay, Marquesa!
Cuando me veré en la mar!) (Vánse.)

ESCENA V.

FLORA y RENARD, aparecen por la puerta de la izquierda que abre para darles paso el CARCELERO 2.°

CARC. 2.° Podeis pasar. (Dando el pase á Flora.)

RENARD. Oye, ahora
explícame tu proyecto;
yo me he confiado á tí
y aún ignoro...

FLORA. Ese recelo
prueba, Renard, que me juzgas

por tus propios sentimientos.
Ayer me hiciste traicion
y temes que yo, queriendo
vengarme de tí, te engañe.
Vive tranquilo y sin miedo.

RENARD. Lo de ayer...

FLORA. Te lo perdono,
y fué horrible!—No hablar de ello
es mejor; hoy me haces falta
y te perdono por eso.
Ya ves si hablo con franqueza.
Yo soy así.

RENARD. Gracias; pero
aún no sé qué te propones.

FLORA. Escucha; vas á saberlo.
Anoche, cuando os llevásteis
á Rouget, yo caí al suelo
y estuve allí sin volver
en mí no sé cuánto tiempo.
Al recobrar el sentido
comprendí todo lo horrendo
de la situacion; pensé,
y al cabo de unos momentos
de maldecirte... ¡de veras!
de pronto me ocurrió un medio
de arreglarlo todo.

RENARD. Cuál?

FLORA. Calla, ya lo irás sabiendo.
Yo tengo muchos amigos,
gente de mi regimiento,
patriotas que pertenecen
al club de los cordeleros.
Dije: allá voy... y allá fuí.
Guardando dentro del pecho
toda mi pena...—Ya estoy
muy acostumbrada á hacerlo,—
hablé con todos y así
alegremente, fingiendo
no tener gran interés,
les indiqué mi deseo
de que me proporcionáran
dos pases...

RENARD. Voy comprendiendo.
FLORA. (Continuando.) Para entrar en las prisiones
con otra amiga y con nuestros
novios para divertirnos,
pues, como cosa de juego.
Total, pases para cuatro
personas.
RENARD. (Con ansiedad.) Y te los dieron?
FLORA. Sí.—Con éste hemos entrado,
y el otro, ve, aquí lo tengo.
(Sacándolo del pecho.)
RENARD. Bien; pero qué te propones
que consigamos con ellos?
FLORA. No lo comprendes! Librar
á los dos...
RENARD. Bien, pero eso
no es bastante. Libres ambos
nosotros nos hallaremos
como ayer.
FLORA. Me juzgas tonta
sin duda! No seas necio!
Tú salvas á Magdalena,
que al ver llegar el momento
de morir... huirá contigo,
y allá te las hayas luégo.
Yo saco á Rouget diciéndole
que ella está en salvo; lo llevo
fuera de aquí, y lo demas
ya procuraré yo hacerlo.
RENARD. Ah! Gracias!
FLORA. No, ya te he dicho
que no me agradezcas esto.
Lo hago por mí; si redunda
en bien tuyo, buen provecho.
RENARD. Y si al salir la conocen...
FLORA. Para eso traigo yo puesto
este manto. Nada temas.
Audacia y los salvaremos!
Tú me das ese capote
para que salga cubierto.
Rouget con él.
RENARD. Pero y yo?

FLORA. Tú! Ningun impedimento
te han de poner á que salgas;
pues por ventura estás preso?

RENARD. Es verdad!—Pero... quisiera
que saliésemos primero
Magdalena y yo.

FLORA. Es lo mismo,
no hay inconveniente en ello.
(Dándoselo.) Toma el pase. Vete al patio
y dame el capote.

RENARD. Pero...

FLORA. Con precaucion, no lo adviertan.
Ahora no miran!—¡Soberbio!
(Cogiendo el capote.)
Los presos van á salir;
esa gente espera á verlos;
(Por un grupo de hombres y mujeres que debe haber en el patio desde algunos momentos ántes.)
las mujeres salen ántes.
Cuando la vea me acerco,
la digo que está en tu mano
sacarla de aquí al momento
y que yo salvo á Rouget;
duda, por fin la convenzo,
te llamo, vienes, os vais...
y hágaos felices el cielo!
Yo por mí procuraré
que nunca nos encontremos. (Campana.)
Oyes? La campana suena,
ya van á salir los presos;
yo te buscaré en el patio,
anda.

RENARD. Adios! Yo te agradezco
lo que haces por mí... y perdona
lo de ayer.

FLORA. No hablemos de eso.
(Renard se va por el foro.)

ESCENA VI.

FLORA, CARCELERO 1.°, que se acerca á la puerta de las prisiones y la abre. Todos los que esperan se acercan impacientes.

FLORA. (De pronto.) Oh! Qué idea! Si le habré
dado el pase verdadero!
(Mirándole con atencion.)
No; me tranquilizo! Es este!
El falso es el más pequeño.
(Música en la orquesta.)
(Al tocar la campana, sale por la derecha el Carcelero 1.° y abre la puerta de las prisiones.—Salen por ella una señora anciana, dos jóvenes como de la clase media y dos mujeres del pueblo. Los que las esperan en el patio se confunden con ellas abrazándolas. Procúrese preparar con algun cuidado el cuadro que forman.)

ESCENA VII.

DICHOS y MAGDALENA.

MAGD. Sólo á mí en tal afliccion
nadie á consolarme llega.
FLORA. (Echándose á sus piés.)
Perdon!
MAGD. Vos aquí!
FLORA. Perdon!
Loca estuve, loca y ciega;
tened de mí compasion.
Sea vuestro pecho blando
á mi voz!
MAGD. Qué significa!...
Vos á mis piés implorando
piedad!
FLORA. Sólo esto os indica
todo lo que estoy pasando.
MAGD. Explicaos, levantad.
FLORA. Á vuestras plantas, señora,

su arrepentimiento llora
una mujer que piedad
por primera vez implora.
Mas veo en vuestra mirada
todo el fuego del encono,
y estaré aquí arrodillada
hasta verme perdonada
por vos.

MAGD. Alzad; yo os perdono.

FLORA. (Levantándose.)
De veras? Esa sencilla
expresion cambia mi suerte;
y es sincera, bien se advierte.

MAGD. ¿Quién no perdona á la orilla
del camino de la muerte!

FLORA. Muerte! No hay tal. Yo he venido
á salvaros á los dos.

MAGD. Cómo!

FLORA. Sí, á Rouget y á vos.
Dudais?—Oh! Dad al olvido
mi infamia de ayer, por Dios!
Creed lo que os digo, sí;
temiendo que él se negase
á aceptar nada de mí,
os busqué á vos. Tengo un pase
para que salgais de aquí.
Y yo os diré la manera
de que hoy, sin más esperar,
atraveseis la barrera
y de que podais pasar
fácilmente la frontera.
Lo tenía desde ayer
dispuesto yo para ver
de huir ambos.—Lo confieso
con franqueza.—Y todo eso
es lo que os vengo á ofrecer.

MAGD. Vos! Tan completa mudanza!...
Si me parece mentira.

FLORA. No dudeis, el tiempo avanza.

MAGD. (¡Con cuánto placer se mira
la más remota esperanza!)
Sí, sí, lo quiero creer,

mas no acierto á comprender
tan extraña variacion...

FLORA. Son cosas del corazon;
al cabo yo soy mujer.
Pudo el aborrecimiento
en mi corazon celoso
sembrar un mal pensamiento,
pero al fin... es generoso!
Miradme bien, yo no miento!
Salvaros quiero á los dos
siendo á mi promesa fiel,
y esto, bien lo sabe Dios,
no lo hago sólo por él;
lo hago por él y por vos.

MAGD. Gracias.

FLORA. No, por vida mia,
yo tal vez no os salvaría;
mas si á hacerlo me he lanzado
es porque sé demasiado
que sin vos él moriría.
Y luégo... me ha decidido
el haberme convencido,
(¡hasta el pensarlo me hiere!)
de que... de que él no me quiere,
de que nunca me ha querido.
(Conteniendo el llanto.)
No comprendió su razon
la inextinguible pasion
que para él atesoro!...
No tengais celos! Le adoro
con todo mi corazon. (Rompe á llorar.)

MUSICA.

MAGD. Veo en el llanto
que á pesar vuestro
no conteneis,
prueba bien clara
del sacrificio
que me ofreceis.
En lo que vale

yo os lo agradezco,
lo juro así;
mas aceptarlo
siendo tan grande
indigno fuera
de él y de mí.

FLORA. Oh! Qué habeis dicho?
Capaz sereis!...—
Por él siquiera
lo aceptareis.

—

Sólo en la suya
cifro mi suerte,
mio es su bien;
suya es mi alma,
si él es dichoso
lo soy tambien.
Yo por él vivo!
Comprended esto...
vos que le amais:
ved que sois dueño
de su existencia,
ved que le matan
si no aceptais.
Y no mireis mis lágrimas,
que se han secado ya;
estas serán las últimas
que verteré quizá!

MAGD. (Hoy que la muerte próxima
nos amenaza ya,
—¿cómo rechazo, ay mísera,
la vida que nos da?)

—

FLORA. Cuando felices algun dia
ambos goceis de vuestro amor,
cuando risueña la alegría
borre las huellas del dolor,
pensad en mí!
Y recordad siquiera
que vuestra dicha entera
¡soy yo quien os la dí!

—

Si acaso él duda,
¿qué le direis?

MAGD. Que yo la acepto.
Qué más quereis?

FLORA. (Con ardor.)
Salvad á Rouget!
Salvadle por Dios!
Feliz yo veré
el bien de los dos.
Tranquilos en mí
la suerte fiad!
¡Sacadle de aquí!
Su vida salvad!

—

MAGD. Salvar á Rouget!
Salvarnos los dos!
En esto se ve
la mano de Dios!
Bien clara ya ví
tu inmensa bondad!
Será para tí
mi eterna amistad! (Se abrazan.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ROUGET y VARIOS PRISIONEROS.

HABLADO.

FLORA. (Á Magdalena.)
Él sale ya! (Se retira algo.)

ROUGET. Magdalena!

MAGD. Rouget!

ROUGET. Mi bien, mi alegría,
no te acongoje la pena,
alza la frente serena
y á la muerte desafía.
Siempre al cielo le pedí
morir contigo y por tí:
mi ventura está colmada.

FLORA. (Sólo ella atrae su mirada!

Ni aun ha reparado en mí!)

MAGD. Morir! Díme, y si la suerte
por una casualidad
llegar pudiera á ofrecerte,
librándote de la muerte,
la perdida libertad?

ROUGET. Qué dices? Tú desvarías!

MAGD. Si álguien de quien no podías
esperar que te la diera
hoy la vida te ofreciera,
responde, la aceptarías?

ROUGET. La vida contigo? Sí!
Pues qué ventura mayor,
si yo vivo para tí?

MAGD. No hablemos de nuestro amor;
calla, que Flora está aquí.

ROUGET. Flora! (Flora se echa á sus piés.)

FLORA. Sí!

MAGD. Su falta olvida,
que hoy tu gratitud merece;
á tus piés arrepentida
cariñosa nos ofrece
la libertad y la vida.
Yo en ella poco hace hallé
un manantial ignorado
de amor y ternura y fe:
perdónala tú, Rouget,
como yo la he perdonado.

FLORA. Duélete de mi afliccion
y ve mi arrepentimiento!

ROUGET. Pobre mujer! (Levantándola.)

FLORA. (Compasion!
El único sentimiento
que debí á su corazon!)

ROUGET. Pero es verdad?...

FLORA. Es verdad!
¡Quiera el cielo que por mí
en tranquila libertad
goceis la felicidad
que yo nunca conseguí.

ROUGET. Flora!

FLORA. No, no hay amargura

en nada de cuanto digo;
yo anhelo vuestra ventura...
á Dios pongo por testigo,
mi corazon os lo jura.
Mas no hay tiempo que perder.
Con este pase salís
(Dando á Rouget el pase y el pliego.)
y aquí escrito podeis ver
todo cuanto habeis de hacer
para escapar de París.
Poneos mi manto vos
y que temor no se note
en ninguno de los dos.
Y tú, ponte este capote...
(Á Rouget, dándole al mismo tiempo un gorro frigio.)
y salid pronto, por Dios.

ROUGET. Y tú!
FLORA. Para mí hay salida
siempre franca.
MAGD. Reparad...
que si notan nuestra huida....
ROUGET. Pueden sospechar...
FLORA. Descuida,
no hallaré dificultad.
Aquí no me quedaré! (Con amargura.)
(Ap. á Magdalena.)
Yo á verle no volveré;
hacedle dichoso vos!
MAGD. Gracias, Flora! (Abrazándola.)
FLORA. Adios, Rouget.
ROUGET. Adios, Flora!
FLORA. Adios! Adios!
(Despues de abrazarse conteniendo el llanto los tres, salen por la izquierda Magdalena y Rouget.)

ESCENA IX.

FLORA, luégo GENDARMES, CARCELERO 1.° y despues RENARD.

FLORA. (Mirando á la puerta por donde salió Rouget.)

HABLADO.

MARQ. Cuánto tarda San Martin! (Cañonazo.)
VOZ. Las carretas!
TODOS. Las carretas!
(Corren hácia la izquierda, y pasan grupos de gente, corriendo en la misma direccion.)
MARQ. Qué horror! Y desde este sitio
no hay más remedio que verlas!
Ay! Yo no tengo valor...
Quién sabe si Magdalena
habrá sido condenada...

ESCENA II.

DICHA, MAGDALENA y ROUGET, que vienen apresuradamente por la izquierda; luégo SAN MARTIN.

ROUGET. Ánimo! No desfallezcas.
MARQ. Magdalena!
ROUGET. Callad!—Vamos,
que nos persiguen de cerca.
S. MART. Alto!
(Se paran aterrados la Marquesa, Magdalena y Rouget.)
MAGD. Dios mio!
S. MART. Soy yo.
MARQ. San Martin!
S. MART. Y qué carrera
me habeis hecho dar, ¡canario!
ROUGET. No vuelvo de mi sorpresa!
Érais vos!
S. MART. El mismo; yo,
el que guardaba la puerta,
y en nombre de la República
os dejé tomar soleta.
Ni mas ni ménos.—Y andando,
que ya la gente se acerca.
Oís? (Se oye lejana *La Marsellesa.*)
ROUGET. Dios mio! Esas notas

hasta mis oidos llegan
como el eco pavoroso
de una maldicion eterna.
¡Perdon, patria mia!—Vamos.

S. MART. (Á la Marquesa.)
Cuando seguro me vea,
voy á cantar un *Te Deum*
que va á retemblar la iglesia!

(Vánse rápidamente por la derecha. Á muy poco aparece por la izquierda la multitud, que canta *La Marsellesa*. Dos Gendarmes á caballo preceden á la carreta en que van Flora y Renard.—Dos filas de descamisados con armas, marchan á los lados.—Chiquillos, viejas, pueblo, etc.)

FLORA. (Despues de mirar hácia el sitio por donde ha marchado Rouget.)
Gracias, Dios mio!
Libre está ya!
Muero por él!
Cuánta felicidad!

CORO GENERAL.
Marchemos, hijos de la patria,
glorioso dia luce ya, etc.

(La carreta vuelve á ponerse en marcha cuando baja el telon.)

FIN DE LA OBRA.

NOTA.

La direccion escénica ha estado confiada al reputado primer actor cómico D. Eugenio Fernandez, á quien pueden dirigirse en consulta las Empresas de provincia que quieran poner en escena esta obra con los detalles de época y de localidad que aquel señor ha ideado y que prestan gran relieve al conjunto.